

Segun la famosa obra  
de Carlos Arniches  
Enrique G. Alvarado  
Maestro Serrano

# Alma de Dios

Amparito  
Riveller

Luis Prendes

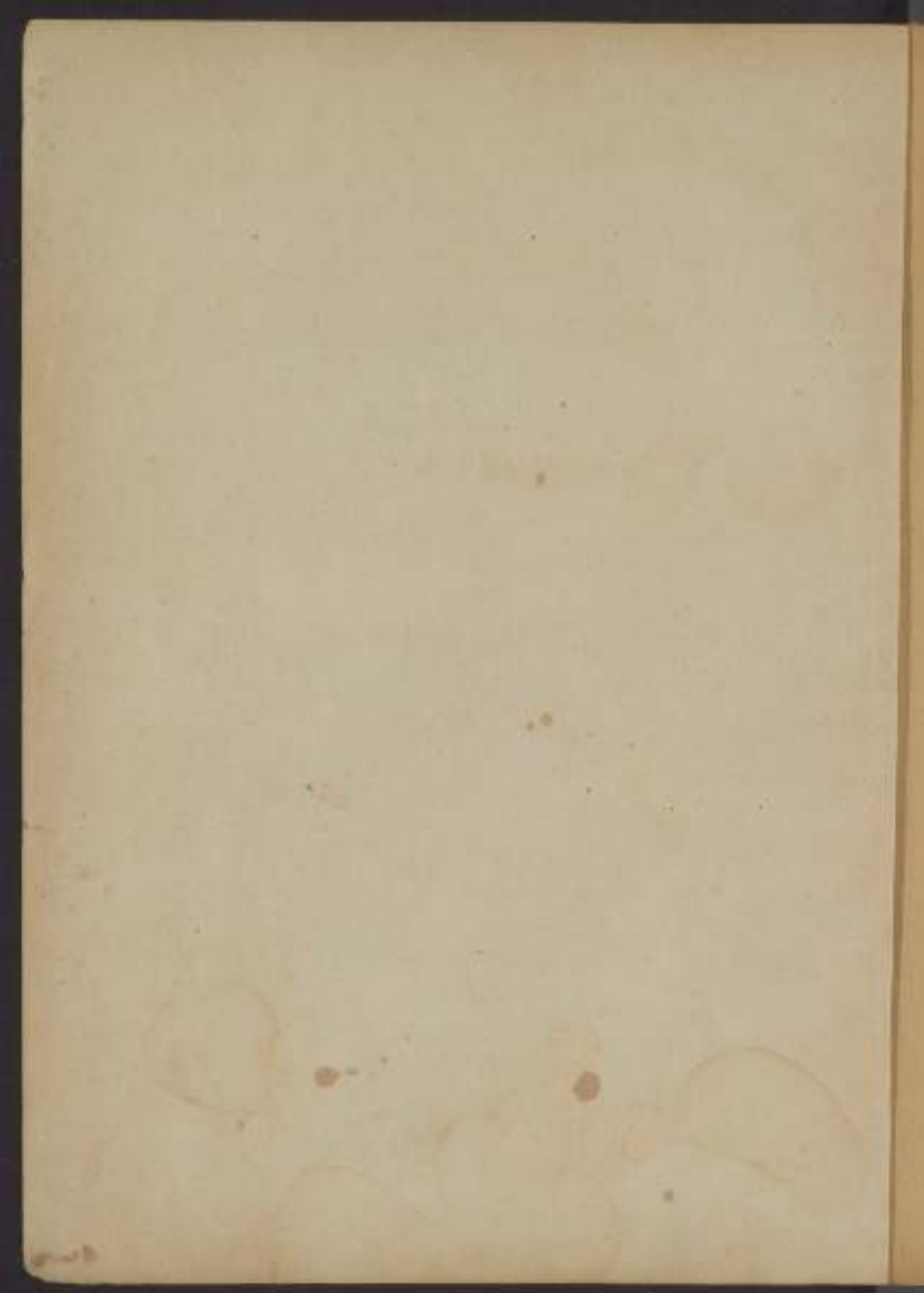
Pilar Manuel  
Soler

Gonzalez

Guadalupe  
Pepe Ysbert

Francisco  
Martinez  
Soria







# ALMA DE DIOS

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

# EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS

SERIE PRODUCCIÓN ESPAÑOLA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis - Teléfono 18841 - BARCELONA

## Alma de Dios

Adaptación cinematográfica del famoso sainete lírico de  
CARLOS ARNICHES y ENRIQUE GARCIA ALVAREZ

Música del

MAESTRO SERRANO

Dirección

I Q U I N O



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTERPRETES:

AMPARITO RIVELLES

LUIS PRENDES

MANUEL GONZALEZ

PILAR SOLER

PEPE YSBERT

GUADALUPE MUÑOZ SAMPEDRO

FRANCISCO MARTINEZ SORIA



# ALMA DE DIOS

## Argumento de la película

Al quedarse sin madre, allá en el pueblo, Eloísa tuvo que enfrentarse a solas con la vida.

Era apenas una niña —¿diez y seis, diez y ocho años?— y al verse sin fortuna, sin familia, sin hogar, sin una mano amiga que se tendiera a ella y la ayudara en el abandono en que la dejara sumida la muerte de la que hasta entonces lo fuera todo para ella, la pobre pequeña no encontró más solución que entrar de sirvienta, en su mismo pueblo, en casa de una vieja gruñona, despiadada e implacable.

La chiquilla entró allá dispuesta a trabajar, a congraciarse con aquella mujer de tan mal carácter, dispuesta a captarse su simpatía y hasta con sus ribotillos de esperanza de hacerse querer de ella; pero la iracunda vieja no se dejó seducir por las atenciones y las cuidados de la pequeña, que buscaba

en ella a una segunda madre, antes al contrario, parecía ocharse en aquel pobre ser indefenso, débil, de carácter suave y dulce, de mirar melancólico y tierno, que sabía sonreír aún en medio de los improperios y denuestos de que la agobiaba siempre su ama y aún sabía soportar en silencio y resignada los golpes que de ella recibía, golpes en los que la bruja descargaba su odio brutal sobre aquella criatura que ansiaba cariño y sólo encontraba venganza.

Así pasó semanas y meses, soportando con una apariencia risueña aquella vida que era un infierno; pero en el alma de Eloísa se despertaban las ansias de vida, de libertad, de amor y en su cabecita comenzaba a desmenujarse la inacabable retahíla de ensueños de un alma juvenil que abre los ojos a sendas desconocidas y quiere

adentrarse en ellas para conocer los múltiples caminos que la vida ofrece sonrientes y enojadas de flores, a la juventud.

La niña suspiraba ahora algunas veces y otras se quedaba con la mirada perdida en el vacío, como si el espíritu hubiera ido lejos, muy lejos, en busca de aventuras o en busca de paz, de aquella paz que nunca conseguiría en la cunucha hostil, vieja, fría y dura de la patrona que mandaba en ella como si fuera una esclava; con el látigo en la mano y la mirada clavada hasta lo más hondo de aquella alma que era como una sensitiva y que se replegaba dentro de sí misma para sufrir en lo más recóndito de su ser todo aquel sufrimiento que cada vez se le hacía más irresistible.

Había lavado toda la mañana en el río la ropa usada y andrajosa de su ama. Eloísa se sentía fatigada, pero no lo daba a entender; con el pudor de su propia desgracia, no dejaba transcurrir nunca, ni ante la vieja ni ante las vecinas que hubieran hincado en ella toda su maledicencia, las angustias y torturas que sufría en aquel cautiverio. Con la sonrisa de la resignación en los labios soportaba ella todas aquellas miserias. Pero aquella mañana se sentía más sola, más abandonada, más sombría que de costumbre y que la rebelión que en su alma llevaba desde hacía mucho tiempo, le iba subiendo a la gar-

ganta en pujantes oleadas de ansia de libertad.

Cuando su patrona fué a ella con aire iracundo y la increpó duramente porque había lavado la ropa con demasiada prisa diciéndole que no podía haberla lavado bien en tan poco tiempo, la chiquilla volvióse a ella con desenfado y le replicó, mostrándole la sábana que acababa de lavar y que era nada más que un puro androjo:

—¿Qué quiere usted, que tane a fuerza de jabón toas esos calaos? Pa lavar esta ropa no se necesita mucho tiempo... Como tiene tanto rato...

La vieja montó en cólera al escuchar aquellas palabras, y volviéndose a la niña tomó la pala del lavadero y la blandió contra ella queriendo agredirla brutalmente.

Pero Eloísa, ágil, con la agilidad de una gacela, dió un brinco atrás y emprendió una carrera alacada en torno a la vieja, huyendo de ella, esquivando los golpes, procurando que no pudiera alcanzarla aquella pala amenazadora que, de haber caído sobre su cabeza, le hubiera hecho perder el sentido.

—¡Ah, bruja... bruja... ya te voy a dar yo, ya!—gritaba la vieja con rabia incontenida.

Pero Eloísa, empujada por el terror y con la agilidad que le daban sus pocos años, consiguió escapar de la terrible amenaza, yendo a encerrarse con doble vuelta de la llave en su misera



habitación, único refugio seguro que en aquel momento pudo hallar para escapar de la furia de su dueña.

—¡Bribona! ¡Bruja! ¡Ya saldrás, ya, cuando el hambre te azuce, pero entonces será para que te lleven a la casa de socorro, porque me las vas a pagar todas de una sola vez!—gritaba la vieja descargando fortísimos golpes sobre la puerta cerrada.

Eloísa escuchó aquellas amenazas con una expresión de terror pintada en su rostro. Contuvo la respiración para hacer olvidar a la vieja su presencia en la casa y permaneció muy quieta hasta que los gritos y las amenazas fueron cesando y la voz odiada se perdió en la lejanía.

Etonces la chiquilla, rotos los nervios, se sintió invadida por una honda tristeza, por una melancolía incoercible, y dejó que las lágrimas, lluvia benéfica de aquel corazón atormentado, rodaran por sus mejillas convirtiéndolas en rosas salpicadas del matinal rocío.

Cuando su desconsuelo encontró alivio en aquel llanto, Eloísa se acercó a la jaula del jilguero que tenía colgada a la ventana, único compañero de sus penas, único confidente de sus dolores, único amigo que la acompañaba en aquella vida de miseria y de dolor y que le endulzaba sus amargas horas con los trinos que a chorros se escapaban de su garganta, le comenzó a ha-

blar con dulzura, como si fuera un ser humano que pudiera comprenderla, y, como si de veras la comprendiera, el pajarito respondía a sus palabras con alegres trinos, como si con ellos le quisiera hacer olvidar las agrias amenazas de la bruja.

Eloísa, con la frente apoyada en la jaula, con una expresión de infinita nostalgia en sus ojos dulcísimo llamo de luz, miró a lo lejos, a lo infinito, con una mirada larga y soñadora, y su alma se escapó por aquella mirada volando a otros horizontes, a otros cielos en donde acaso fuera posible encontrar, si no la felicidad, por lo menos la paz espiritual y la tranquilidad material de una vida dedicada a un trabajo que, por abrumador que fuere, jamás sería tan mal recompensado como el que hacía en aquella casa en la que, por desgracia suya, había entrado en tan mala hora.

Miró de nueva a su jilguero cuando volvió de aquel ensueño en que se había sumido, le vió saltar gozoso de un listón a otro de la jaula, tocar el techo con su cabecita, debatirse entre las paredes de aquella pequeña prisión, y Eloísa sonrió con tristeza. ¡Su pajarillo también tenía ansias de libertad, también quería volar, también quería ir hacia otros cielos, hacia otros horizontes en donde encontraría más felicidad, porque podría reunirse a los pájaros de su misma especie, y formar un nido

cundo la primavera llegara, y tener una compaÑera en aquella tarea dichosa, y usarle a ella sola mientras incubaría los huevos y llegarían los pajarillos...

Casi sin conciencia de lo que hacía, Eloísa abrió la puerta de la jaula, tomó al pájaro en su mano, lo acarició en una caricia de despedida, lo besó en el pico y luego, con expresión de júbilo, reconociendo que con ello hacía una buena acción, abrió la mano y dejó que volara en libertad, que marchara a su antojo por el espacio claro, que buscara la rama más alta del más alto de los olmos para desde allí entonar su último trino de despedida, y que se perdiera en lo infinito, yendo a mezclarse con los de su raza, lejos de los hierros que le aprisionaban, lejos de un cariño —el de Eloísa— que no podía darle nunca, nunca, la verdadera felicidad.

Cuando sus ojos ya no le divisaban volvió Eloísa la mirada al interior de la habitación misera, sordida, espantosamente triste, y como si la huida del pajarillo le hubiera dado ánimos, comenzó a hacer, con su escasa ropa, un hatillo que llevaría consigo, como su único patrimonio, como su sola heredad.

\* \* \*

¿Llevaba caminando muchas horas? La niña lo ignoraba. Había perdido la noción del tiempo y de la distancia. Sólo sabía que marchaba a Madrid, que había huido de la casa y del pueblo y que iba a probar fortuna en busca de algo que la sacara de aquel horror en que hasta entonces viviera.

—¡Oh, si tuviera alas como mi jilguero!—pensaba la niña mientras iba marchando carretera adelante sintiendo que sus pies se deshacían en las piedras del camino...

Después de mucho andar encontró un nuevo hito en la carretera, se acercó a mirarlo: todavía faltaban 39 kilómetros para llegar a Madrid y ella se sentía sin fuerzas para dar un paso más!

Dió un hondo suspiro, miró hacia adelante como si en una mirada quisiera abarcar aquellos 39 kilómetros y luego, con un esfuerzo sobrehumano, siguió caminando, arrastrando materialmente los pies por el camino, con los brazos caídos a lo largo de su cuerpo que parecía iba a desvanecerse de un momento a otro, hasta que en el kilómetro 38 se tumbó en la cuneta a descansar.

De pronto su rostro cambió de expresión: había escuchado el roncar de un potente motor que venía persiguiéndola, lo que significaba que un camión se acercaba a ella.

Esperó, pues, a que llegara el camión, decidida a hacerle una seña que

le obligara a detenerse, para solicitar de su conductor que quisiera llevarla hasta Madrid.

Pero el conductor o no vió su seña o no quiso verla, pues el camión pasó a toda velocidad junto a la niña sin hacer el menor gesto de comprensión, sin que funcionaran los frenos, sin que ningún indicio diera señales de que la habían entendido y de que accedían a su muda súplica.

Eloísa siguió con sus ojos agrandados por las ojeras que los circundaban a causa de la fatiga, la marcha del camión que se llevaba consigo su última esperanza y, cuando ya iba a recomprender la marcha, resignada a su suerte triste, una sonrisa iluminó su rostro demacrado: el camión se había parado, con un frenazo seco y súbito, a escasa distancia de ella. ¡Su petición había sido atendida!

Como si la alegría pusiera alas a sus pies, corrió allá sin acordarse de su fatiga ni del agudo dolor que sentía en sus pies, y se acercó al camión con júbilo, segura de que la atendían y de que la conducirían a Madrid sobre ruedas.

Pero la brusca parada del camión era debida a otra causa. El chofer y su ayudante no entendían gran cosa de las leyes de la galantería. Habían visto al lado de la carretera a una chiquilla que les había levantado la mano, pero como dudaban de si aquello era un saludo,

una súplica, una señal para que se pararan o una broma de una chiquilla mal educada, y no tenían tiempo para detenerse a dilucidar a cuál de aquellas causas obedecía el gesto, habían seguido la marcha despreocupadamente, hasta que el reventón de un neumático les obligó a parar en seco aquel monstruo mecánico que rompaba con fatiga como si le hubiera costado un gran esfuerzo aquella súbita parada en medio de su loca carrera.

Agustín y Saturiano saltaron a la carretera sin acordarse de la niña que habían dejado atrás y se dispusieron a reparar la panne con visible mal humor por parte de ambos, que estaban deseando llegar a Madrid cuanto antes para poder descansar de la dura jornada de trabajo.

Por eso, cuando Eloísa se acercó a ellos y les dijo con una sonrisa de agradecimiento y de triunfo:

—¡Oh, muchas gracias! ¡Cuánto les agradezco que se hayan parado!

Saturiano, que tenía la fraseología del chulo madrileño y los modales del verdadero castizo y que se las daba de conquistador y pendebrero, aunque no era nada más que un pobre hombre, se volvió a ella y con gracejo y buena sombra le replicó:

—Oye, niña, ¿es pitorreo?

—¡Ah!... ¿Pero no han parado ustedes por mí?—exclamó Eloísa sorprendida ante la frase burlesca de Saturiano.



—Nos hemos parao por esa herradura...—explicó Agustín, el chofer, un muchacho fuerte, moreno, bien plantado, que tenía el gracejo de Saturiano, pero que no empleaba como él la ironía que pudiera molestar... ¡y mucho menos molestar a aquel angelito que parecía caído del cielo y que le miraba con unos ojos muy grandes, muy grandes, como si se lo quisieran comer.

—... que no creemas que sea de usted —concluyó Saturiano.

—No, señor —dijo Eloísa, que comenzaba a situarse en terreno firme—. ¿Pero es que usted se descalza sin notarlo?

—¡Amos, niña, basta de pullas! —intervino Agustín, conciliador—. En esta ocasión la que está "errada" es usted—añadió, haciendo un juego de palabras.

—¡Menuda clavito pa colgar un cerdo!—exclamó Saturiano, que había levantado la herradura y contemplaba el clavo ante el desaguisado del reventón.

Y la iba a arrojar lejos para evitar el mismo percance a otros coches, cuando Eloísa le detuvo, diciéndole:

—¡No tire usted eso, que trae buena suerte!

—¡Buena?... No siendo la de habernos encontrao con usted... —murmuró Agustín, fijándose en aquella chiquilla bonita y graciosa que tenía ante él.

—Muchas gracias—sonrió Eloísa un tanto ruborizada—. Usted parece más fino que el señor...

—Sí, eso falta... ponte finolis y nos dan aquí las cinco y cuarto de la madrugada de pasado mañana—comentó Saturiano, un poco ofendido por la comparación de la chiquilla.

—¡Andá!... ¡Además tie mal genio! —exclamó Eloísa riendo alegremente.

En aquel momento se acercaba a ellos un moderno coche de turismo conducido por un respetable señor completamente calvo. Eloísa le hizo parar, dispuesta a suplicarle fuera él quien la condujera a Madrid, ya que aquellos dos amigos no parecían muy dispuestos a complacerla.

El coche se detuvo galantemente al ver el gesto de la muchacha y cuando ésta se iba a acercar para formular su petición, Agustín, que no quitaba los ojos de la niña, a la que encontraba, además de peligrosamente bonita, más graciosa que un rayo de sol, se acercó al calvo y le dijo:

—¿Hará usted el favor de decirnos qué hora es?

El calvo, un poco mosqueado por lo batido de la pregunta y por haberle hecho parar por cosa tan necia, consultó su reloj a regañadientes y replicó:

—Son... las... nueve y media...

—¡Andá... y nosotros que creíamos que eran las diez menos treinta! —exclamó, burlón, Saturiano.

—Le advierto a usted que para tomarme a mí el pelo...—dijo en tono agrio el conductor del pequeño turismo.

—Sí, ya veo que es difícil...—contestó Saturiano lanzando una maliciosa mirada a su ebúrnea calva.

Agustín y Eloísa no pudieron contener una franca carcajada y el señor, ofendido, con un gesto de venganza, dió marcha a su coche y desapareció envuelto en una nube de polvo.

Aquel pequeño incidente estableció entre los dos conductores del camión y la chiquilla una corriente de simpatía, y cuando el neumático estuvo reparado, subieron los tres a la cabina y, departiendo alegremente, siguieron el viaje hacia Madrid.

Eloísa, que llevaba muchas horas sin hablar, mejor dicho, que no había hablado con nadie desde que su madre había muerto, ya que sólo hacía confidencias a su pajarillo, se sintió pronto alentada por la campechana franqueza con que la trataban aquellos dos hombres, y, sobre todo, se sintió alentada por la mirada de Agustín, una mirada noble, franca, que daba ánimo y alegría al mismo tiempo y que invitaba también a las confidencias, y comenzó a hablar, sintiendo la necesidad de depositar en alguien el peso de sus pasadas penas, de sus presentes angustias y de sus futuras esperanzas:

—... y como no podía seguir más tiempo al lado de aquella vieja me es-

tupé—terminó diciendo después de haber contado toda su tragedia vivida—. Y ahora voy a Madrid a ver si mi tía Marcelina quiere recogerme, porque no tengo en este mundo más familia que ella.

—¡Caray, qué poco!—dijo Saturiano, que no podía decir dos frases seguidas en serio.

—Aguarde usted, hombre, que todavía no sabemos si ésa tiene novio—comentó Agustín señalando a Eloísa y queriendo sensacarle la verdad a la mocita.

—Ahora el que está "errado" es usted—contestó ella, haciendo alusión al juego de palabras que había empleado Agustín en el momento de conocerse.

—Pues a usted lo que le conviene es tener novio... un joven morenito, agraciado, de mediana estatura... trabajador y formal...—iba insinuando con intención Agustín.

—... que conduzca un camión y se llame Agustín, ¡vamos!—terminó Saturiano, concluyendo el retrato.

—¿Y quién es ese Agustín?—preguntó Eloísa, mirando a los dos hombres por turno.

—Un servidor—dijo el aludido, presentándose.

—¿Y usted es todo eso que éste dice?

—Sí, y propietario, además, de este camión que pongo a su servicio.

—¿Y para qué quiero yo este topolino?—preguntó Eloísa, soltando una risotada infantil.



—Pues para ir de excursiones, paseos, espectáculos, bodas, bautizos...

—En no teniendo prisa para ná, claro... Porque el pobre, como es viejo, se fatiga—explicó Saturiano, que rabiaba porque Agustín desperdiciaba toda la atención de la moza.

No se dieron cuenta de cómo corrían los kilómetros. ¡Dios mío, con lo que cuesta andarlos y lo de prisa que en los trags un animalucho de estos! Elaisa estaba asombrada y feliz al ver las calles madrileñas llenas de un hormiguero de gentes que iban y venían afañosas, como si tuvieran muchas cosas que hacer... ¡Y a lo mejor no hacían nada en todo el día!

Agustín, galante, la condujo hasta la puerta misma de la casa de su tía, de la que la pequeña le había dado la dirección, y saltó el primero a la calle para ayudarla a bajar de aquellas alturas.

Se dieron la mano como buenos amigos y la niña, mirando fijamente a los ojos del que tan amable se había mostrado con ella, le dijo:

—Muchas gracias.

—Las suyas... y yo muy desgraciado con dejarla — contestó galantemente Agustín.

—Sin exagerar, joven—rió ella.

—Y no le digo a usted más... porque voy cargado con esos bultos... y ese trasto—y al decir *trasto* Agustín señaló a Saturiano.

—Diga usted que a este *trasto*—replicó prontamente el aludido—lo quisieran para muchos gabinetes.

Rieron los tres y Eloísa y Agustín volvieron a estrecharse la mano.

—No me despido, porque el domingo, a las cuatro, estaré aquí, como un clavo, esperándola. ¡Hasta la vista!

Agustín salió rápido a su puesto ante el volante, dió marcha al motor y salió disparado antes de que Eloísa hubiera podido contestarle.

\* \* \*

La tía Marcelina hacía muchos años que vivía en Madrid con su hija Irene, única habida en su matrimonio.

Marcelina envinó muy joven y dedicó todo su cuidado a la educación falsa y artificial de aquella hija que constituía su única esperanza. Tía Marcelina, desde que se le murió el marido llevándose la llave de la despensa, no soñaba más que en buscar para Irene un buen partido que las sacara de apuro y a ello dedicó todos sus afanes educando a aquella chiquilla con todos los mimos y todos los regalos, queriendo hacer de ella una señorita y no logrando más que convertirla en una cursi eguista llena de defectos, que no servía para nada y que todo lo confiaba al trabajo y peticia de su madre que la había acostumbrado desde muy chiquitina a separarlo del camino todas las

espinas para que sus pies no pisaran más que tierra mullida, ya que no le podía cubrir el camino de rosas porque su posición muy precaria no se lo permitía.

Irene no sabía hacer otra cosa más que leer novelas sentada en una mecedora, o asomarse al balcón para ver si pasaba algún pollo y se prendaba de su hermosura, o a contarle cuentos a la luna con un romanticismo neurótico exacerbado por aquella madre que no había sabido encanizar la imaginación de su hija haciéndole tomar interés por las cosas vulgares de la vida que tienen sus bellos encantos cuando se les sabe buscar el alma sutil que cada una de ellas contiene.

Aquella tarde, mientras la madre planchaba afanosamente en un rincón del gabinete, aquel gabinete de mal gusto, cursi, ostentoso, con lujos de sala y aspecto de cuarta de desperdicios, Irene devoraba una de aquellas novelas de las que se creía ser siempre la heroína.

—¿Por qué eres tan holgazana, hija mía?—le preguntó Marcelina, cuando comenzaba a sentir la fatiga en sus miembros por el duro esfuerzo del trabajo que realizaba.

—¿Qué sé yo! —replicó Irene con desahucio—. Debe ser de nacimiento.

—Pues para mí debe ser de defunción... porque llevo todo el peso de la

casa yo solita... ¡y la verdad, ya no puedo más!

—Por tonta. Tome usted una chica que la ayude—dijo Irene, por toda consuelo.

Fue en aquel preciso instante que Eloísa llamó a la puerta de aquella casa tan poco acogedora.

Naturalmente, fué a abrir Marcelina, porque Irene estaba "agotada"... de tanto estar sentada.

Quedóse Marcelina sorprendida al ver ante sí a su sobrina y exclamó con sincera alegría:

—¡Pero, chica, tú aquí!...

—¡Tía Marcelina! —exclamó Eloísa echándose a los brazos de su tía en un transporte de júbilo.

—Pero ¿cómo es eso? ¡Qué sorpresa!... ¡Si no salgo de mi asombro!... ¡Quién iba a pensar en ti en este momento! —decía Marcelina, mirando a aquella sobrina a la que tenía un poco olvidada.

—Pues ya ve usted... Desde que faltó mi madre, todo han sido penas. Me puse a servir... y...

—¿Y te han tratado mal?

—¡Ya verá usted las moras que tengo por todo el cuerpo!—afirmó Eloísa.—Y yo me dije, digo... ¡si la tía Marcelina, en memoria de mi madre, quisiera recogerme!

—¡Pobre hermana mía! —suspiró Marcelina acordándose de la hermana muerta—. ¡Si ella te viera así!... Pero

ven, ven conmigo al gabinete y ya veremos lo que se hace—añadió, sin querer decidir nada por sí misma y desearlo consultar con su hija la resolución que hubiera que tomar con aquella criatura.

Irene seguía leyendo y apenas se dignó levantar los ojos del libro cuando entró su madre.

—Irene, aquí tienes a tu prima Eloísa que ha llegado del pueblo... —dijo Marcelina con cierto temor, presentando a la recién llegada.

—Servidora—añadió Eloísa saludando con cortesía pueblerina.

—¡Muy mona... cuando se arregle un poco!—comentó Irene con aire de superioridad, después de haberla repasado con mirada altiva.

—Tú sí que eres guapa y elegante—comentó Eloísa con ingenuidad y candor, comparando los vestidos de su prima con los que a ella la cubrían.

—Viene para ver si podemos... —comenzó a decir Marcelina, sin atreverse a entrar en materia.

—No tengo amparo de nadie—murmuró tristemente la chiquilla, pidiendo auxilio con aquellos ojos que eran todo dulzura.

—Puma, madre, mire usted por dónde nos viene a las manos la suerte... —dijo Irene, aludiendo a la conversación que sostenían cuando Eloísa había llamado a la puerta.

—Eso estaba yo pensando—replicó

Marcelina, que vió en su sobrina la persona que podía descargarla de sus trabajos domésticos por poco precio, ya que con la comida habría de contentarse aquella pobre criatura—. Pues mira, Eloísa, sin que esto sea ridículo—dijo, dirigiéndose a la pequeña—. Si te avinieras a... vamos... a ayudarnos en los trabajos de casa...

—¡Yo... por un poco de pan y un poquito de cariño soy capaz de revolver el mundo!—exclamó Eloísa en un transporte de júbilo—. ¿Trabajar? ¡No me asusta el trabajo! ¡Si no he hecho otra cosa en mi vida!

Y abrazó a su tía, sellando con aquel abrazo el pacto que resolvía el problema de su vida sombría y le abría las puertas de un hogar que casi era el suyo, puesto que era el hogar de la hermana de su madre.

• • •

Eloísa puso todo su afán en trabajar sin descanso para demostrar así su agradecimiento hacia las personas que la habían amparado en su soledad y su abandono.

Marcelina y su hija vieron el cielo abierto con aquella adquisición, porque además de no tener que ocuparse en ninguno de los duros trabajos de la casa podían darse el "pote" de tener criada. Y Eloísa planchaba, limpiaba los cristales, barría, lavaba, iba a la



compra, hacia la comida... se multiplicaba, en fin, sin que de sus labios saliera nunca una queja ni una recriminación, como si fuera lo más natural del mundo que todo pesara sobre ella mientras su tía y su prima se daban la vida de grandes señoras.

Estaba Eloisa fregando aquel día los platos, cuando el timbre de la puerta, que sonó con insistencia, la hizo secarse las manos rápidamente y acudir a abrir al visitante.

—¿Me he equivocado de piso?—preguntó el que llegaba al ver a Eloisa abrir la puerta.

—Usted verá... Aquí vive doña Marcelina—replicó la chica sonriendo.

—Entonces usted es novata—añadió el joven, mirándola fijamente, con un aire chulo y una elegancia chillona.

—No... ¿Qué?—preguntó Eloisa, que no había entendido bien la palabreja.

—Quiero decir que es usted nueva en esta plaza.

—Llegué hace unos días del pueblo—replicó Eloisa con ingenuidad.

—¡Muy simpática! Y muy... vamos... que muy...—murmuró el recién llegado en tono conquistador, mirando a la chica descaradamente de arriba abajo para comprobar todos sus encantos.

Pero Irene, que había oído la voz de su novio, salió rápida de su alcoba y se precipitó al recibir, chillando con acento tonto:

—¿Quién te manda a ti salir a abrir?

—El timbre—contestó Eloisa con una lógica aplastante.

—Pues no pases esa facha por los pasillos, hija, y vuélvete al fregadero, que es tu puesto—la insultó Irene, cogiéndose del brazo de Nicolás para que nadie pudiera quitárselo, mientras le decía, como una disculpa—: No hagas caso, es la nueva criada...

Nicolás miró a su novia en los ojos con aquella mirada impertinente, de chulo, de conquistador de baja estofa, que le era peculiar, y replicó, haciendo gala de su ingenio y verborrea:

—¡Pero, chiquilla! Cada día estás más bonita y muy... vamos, que muy...

Como las palabras no le salían con facilidad, pasó a los hechos, y abrazándolo a Irene fuertemente la besó en la boca con un beso ardiente y apasionado.

Eloisa vió desde la puerta de la cocina aquel beso fogoso, y sus ojos se abrieron enormes y asombrados, pues era la primera vez que así, bruscamente, se encontraba frente a una explosión de amor.

... \* \* \*

Agustín vivía con unos tíos suyos: el tío Matías y la tía Ezequielita, pareja entrada en años y a la que la larga vida conyugal y el ganio de la cónyuge, ha-

hían conducido a un lamentable estado de orden interior.

Matias era un castizo que se pasaba la vida en la más perfecta holganza. Había nacido cansado y, por no trabajar, se sometía a todos los caprichos de la Esquiela y a todas sus exigencias. En aquel matrimonio los papeles estaban trocados: la Esquiela llevaba no sólo los pantalones, sino incluso el chaleco y la americana, mientras Matias se humillaba ante ella como un pobre esclavo y hacía *los labores propios de su sexo*, por decirlo así, pues se dedicaba por completo a las faenas del hogar mientras su mujer procuraba ganar con su negocio de castañas, el dinero con que llevar adelante al marido y a un chiquillo de pocos meses con que Dios les había favorecido cuando ya ni él ni ella tenían ni la más remota esperanza de ser padres de familia.

La Esquiela era mujer de rompe y rasga, capaz de chillarle al lucero del alba y de empujarle con un Emperador, si el caso se presentaba, para discutir con él y hacerle hajar las agallas y obligarle a cumplir su santísima voluntad; pero en aquella envoltura brusca, domadora, de furia del averno o de diosa vengadora, se encerraba un alma grande y noble y un corazón de oro que albergaba todos los buenos sentimientos y se dejaba emocionar por todas las penas y las miserias humanas. Lo difícil era llegar hasta aquellas reconditeces,

pero en cuanto se había logrado atravesar el caparazón duro y erizado de espinas de su temperamento discolito y ventolero, se lograba de la Esquiela los mayores milagros de ternura y de amor.

Pero Matias no se tomó nunca la molestia de abundar en el alma de su mujer. Sólo conocía de ella lo malo y, temiéndola, la obedecía, aunque en su interior pensaba que con aquella apariencia de cordero había logrado lo que toda su vida soñara: comer sin trabajar.

Porque Matias no llamaba trabajo a borrar la casa, fregar los platos, guisar, hacer camas, etc., etc. Aquello era *los labores propios de su sexo*. Y las hacía con una santa resignación, procurando pasar por alto todo lo que pudiera ser escamoteado a los ojos de lince de la Esquiela.

Aquella mañana, como de costumbre, Matias estaba en la cocina atizando el fuego con un soplillo para que se friera rápidamente una gran sarteneda de patatas que iban a componer uno de los platos de la comida cuando viniera la Esquiela del trabajo.

Cantaba el hombre para distraer la monotonía del trabajo una canción de sus tiempos:

*Yo que siempre de los hombres me reí...  
Yo que siempre de los hombres me burlé...*  
[Ea...



Y mientras agitaba el sopelillo con la mano derecha, sostenía en la izquierda a su reró, meciéndolo con su canción y con el movimiento que imprimía a su cuerpo para soplar el fuego y ver, al mismo tiempo, si el niño se dormía y le dejaba en paz.

Pero el niño estaba dispuesto a fastidiar a su progenitor, y comenzó a llorar desahoradamente para complicar así la situación del pobre hombre.

—¡Recoles! ¡Cállate! ¡Eso faltaba! —rezongó Matías—. ¿Qué es lo que quieres, condenao?... ¡Teta, eh? ¡Por ya podía tu madre haberte dejao la ración en una tartera, no gaita! Que eso yo no te lo puedo dar...

Y se lo llevó al comedor para ver si el cambio de aire le hacía cesar su llanto. Miró el reloj y se quedó asustado:

—¡Recoles!... Las doce menos cuarto, ¡y tu madre está al caer! —le explicó al niño que seguía llorando mientras lo dejaba en la cuna precipitadamente y volvía a la cocina porque olía a aceite quemado.

Dió unas vueltas a las patatas con garbo y seguridad, como persona que está muy acostumbrada a aquel menester, y siguió hablando al chico, como si pudiera entenderle:

—En cuanto que venga tu madre y vea como lo tengo too... ¡me pone el baúl en la calle y toma otra! ¡Mardita sea!

Apresurándose un poco más los xerros y la escoba y se dispuso a hacer una limpieza somera de la casa, pero se dió cuenta de que aún estaba el colchón de su cama sobre unas sillas y exclamó lleno de asusto:

—¡Mi madre! ¡Si estoavía no he hecho la cama!... ¿En qué habré pasado el tiempo?

El hombre que había "pasao el tiempo" sin hacer nada, cogió el colchón y lanzó una mirada indignada al chiquillo que parecía burlarse de su papaito, pues había dejado de llorar y batía palmas como si le divirtiera mucho verlo en tan apurado trance.

Matías olfateó el aire: se olía de nuevo a aceite quemado, y ahora el olor venía complicado con un chamuscamiento de patatas. Soltó el colchón en medio del cuarto y corrió a la cocina.

—¡Que se pegan las patatas! —gritó.

Pero antes de dar dos pasos sonó el timbre de la puerta. La cara de terror de Matías fué un poema. Se encorvó en el colchón. No supo si acudir al niño que volvía a llorar, a las patatas que se quemaban o a la puerta para abrir al que llegaba, y daba unos pasos para acá, otros hacía allá, volvía sobre éstos, demandaba aquéllos y no hacía nada a derechas, mientras el timbre seguía sonando con insistencia.

—¡Abí está tu madre!... ¡Me he caído!... ¡Y tú sigues con la porra... digo,

con la perra!... ¡Calla, hombre, calla, que ya te voy a dar el chupete!...

Buscó el chupete, cogió el salero para echar sal a las patatas, fué corriendo hacia la cocina, pero volvió porque el niño arañaba en su lloro y el timbre sonaba con más estrépito. Le temblaban las manos pensando en lo que iba a ser de él cuando entrara la Ezequiel y viera la casa convertida en un campo de Agramante, y en aquella tribulación y aquel atontamiento, se acercó al niño y le dió el salero en lugar del chupete, rociándole de tal forma de sal que el niño gritó con toda la fuerza contenida en sus pulmones.

—¡Condénalo!... ¡Voy!... ¡Voy!... —decía Matías queriendo imponer paciencia a su mujer, que imaginaba estaba tras de la puerta llamando para descargar sobre él todas sus iras en cuanto abriera.

¡Y no era la Ezequiel la que llamaba! Era Satoriano, su amigo y compadre, el ayudante de Agustín cuando el camión que éste conducía salía por carretera.

Satoriano tenía la costumbre de apoyarse en la puerta cuando tardaban en salir a abrir y así estaba cuando Matías abrió de repente, cogiéndole tan de improviso que cayó al suelo tan largo como era.

—¿Horiben los señores?—preguntó Satoriano desde el suelo, sin perder su humor y su gracia.

—¡Satoriano!... ¡Tú!... —exclamó Matías, dando un hondo suspiro de alivio—. ¡Levántate, hombre, que me has dao un susto!...

—¿Y la Ezequiel?—preguntó Satoriano incorporándose y sacudiéndose el polvo.

—Pues está al cuer... ¡al caer sobre mí cuando vea la casa como está!

—¿Y el chico?

—Ahí le tienes... hecho un ternerozo. ¡Cómo beorea el condenao!

Satoriano se acercó a la cuna y contempló al pequeño.

—¡Mi madre, qué gnapo s'ha puesto desde que no le veo!—dijo, y le dió un beso, exclamando—: ¡Qué salao está!

—¡Como que lo he echao medio bote! —comentó Matías. Y añadió dirigiéndose a su amigo—: Pero siéntate, hombre... ¿Qué te trae por aquí?

—Ná... Misérlas, Matías, ná más que misérlas... ¡Que no veo porvenir por ninguna parte!

—¿Pero no ayudabas al Agustín?

—Sí—replicó Satoriano con tristeza.—Pero como no hay plaza en la agencia, resulta que el chico me daba una parte de su jornal, y como esto no podía yo consentirlo por más tiempo, ayer "dirimí" y hoy nos encontramos en casa sin un mal mendrugo... ¡y a todo esto mi mujer en cama con la gripe!

—Eso es lo peor—replicó Matías moviendo la cabeza preocupado—. Entonces, en tu casa, ¿quién gana?

—¡El que tenga triunfo! — suspiró Saturiano con su eterno buen humor.

Matías fué a dar vuelta a las patatas y allí le siguió su amigo que olfateó el aire con delectación y murmuró, acercándose a la sartén:

—¡Gachó, qué patatitas!... ¿Son chufas?

—Son... ¡pocas! — contestó Matías apartando la mano de Saturiano que se disponía a coger directamente algunas patatas para calmar su apetito—. ¡Y no las muerdas, que s'asustan!

—¿Y esto qué es?—preguntó Saturiano desatapando otro cazo que estaba en el fuego.

—El puchero.

—¿Ponéis morcilla?

—Ponemos... ¡tapadera! — contestó Matías tapando apresuradamente la olla para que el hambriento no hiciera algún desaguisado.

—¡Huele que alimenta!—suspiró Saturiano olfateando el vaho con delectación—. Oye, a propósito... ¿quieres que te haga una salsa para el cocido? Me la ha enseñado el cocinero del Ideal Rum Rum.

—Mira, Saturiano, déjate de runrunes y estate quieto, que nos vas a descalabrar el menú.

Pero Saturiano estaba empeñado en hacer la salsa y se puso a elaborarla, picando cebollas, ajos, perejil y todo cuanto iba encontrando al alcance de

su mano, y quería que no la echó al cocido.

Matías suspiró resignado:

—¡Y ahora, que el cocido se lo coma Rita!...

—¿Rita? ¡Tú vas a ver qué succulencia!... Lo que siento es no poderme quedar para probarlo.

—Pues quédate a comer, si quieres... si quieres que mi mujer te dé dos hostias...

—Si no me las diera muy fuertes... si que te agradecería... porque estoy desde ayer con un pedazo de mojava... ¡Pero si crees que se lo va a tomar a mal la Ezequela!...

—Chico, no sé... ¡Ya sabes que es una leona!—murmuró Matías, acobardado.

—¡Per tu carácter! ¡Podía haber dao conmigo! — dijo Saturiano dándose las de hombre.

—Si da contigo — afirmó Matías— friegas como un sirvilor... Ahora que, si es verdad que barro el domicilio, también lo es que fuera de casa me traigo mis apañitos—convenció dándose las de conquistador, con un aire de Don Juan que no sentaba muy bien a aquel pobre hombre que trajinaba entre ollas y cacerolas.

—¡Granujeta!—rió Saturiano.

—¡Ahora estoy apuntando a un bibelote... que como atine hago tiestos! — alardeó Matías con misterio.

—¿Quién es?... ¿Quién es? — pre-



guntó su compadre, con la curiosidad despierta.

—Una chiquilla de veintidós años que está... ¡de chipén!... Vive ahí enfrente, ¿sabes? Voy a ver si está... que a veces se asoma...

Matías se acercó al fregadero, subió al mismo de un brinco para alcanzar mejor la ventana, se asomó a ella y atabó encandilado.

Luego se volvió a su amigo y le dijo en voz baja:

—Sí, está. Está tendiendo ropa. Sube, sube...

Saturiano siguió el ejemplo de su compadre y se subió al fregadero, miró por la ventana y admiró:

—¡Camará!... ¡Qué piernas!

—Pues ahí es ná... ¡Y eso sólo son las piernas! ¡Vaya columnas pa sostener semejante catedral! Ahora verás... voy a hablarle—dijo Matías.

Y levantando la voz, con aire desenfadado, dijo a su vecina:

—¿Qué, Balhinita, se tiende?

—Pa servir a usted—contestó la chica, muy educada.

—¡Ojalá!—suspiró con doble intención Matías.

—¡Qué más quisiéramos nosotros!—corroboró Saturiano.

—¿Y esas medias? — preguntó Matías, viendo que Balhinita tendía un par en el tendedero.

—Son de seda natural con talón os-

curo... ¿Le gustan?—preguntó la chica, coqueta.

—Nosotros... si no las vemos puestas... no calculamos...

—¡Qué golpes tiés, compadre!—comentó Saturiano, admirado del ingenio que desplegaba su amigo para hablar con las mujeres.

—Pues ahora vas a ver otro golpe.

Matías estiró un poco más el cuello, guiñó los ojos con picardía, y dijo a la moza que seguía en esa ocupación:

—¡Permita Dios que se muera usted...

—¡Qué bruto! — exclamó Balhinita, pegando un brinco al oír aquella atrocidad.

Y Matías, riendo de su propio ingenio, concluyó la frase que había dejado en suspenso:

—... a los ciento cincuenta años!...

Rieron los tres el chistecito y tan entretenidos estaban los dos "tenorios" en el palique con la vecinita, que no oyeron que Ezequiel abría la puerta del piso con su llavín, entraba en la casa de puntillas y llegaba hasta la puerta de la cocina, quedándose parada ante ella contemplando el cuadro que se desplegaba a sus ojos.

Los dos hombres, subidos al fregadero, daban la espalda a la puerta, y seguían hablando con Balhinita, que era más coqueta que una gaita de Angora.

—¿Y el otro pollo? — preguntaba Balhinita refiriéndose a Saturiano, en

el momento en que la Ezequiela se había plantado en la puerta en una actitud que nada tenía de cordial ni acogedora—. ¿Y el otro pollo también es soltero?

—Solteritos los dos... y bien dispuestos—replicó Saturiano.

La Ezequiela se apoderó de la escoba y se encaminó hacia su marido, dispuesta a tomar terrible venganza.

—Pues ayer había ahí una mujer... ¿No será la suya?—preguntó Balbinita.

—¡Ahora verás golpe!—comentó Matías en voz baja, dispuesto a lucir su ingenio. Y dirigiéndose a su conquista, añadió—: ¡Quíá, no, señora! ¿Se refiere usted a una mormona, regordeta, bajita y con bigote?... ¡Es mi madre!

—¡Qué golpes!... ¡Pero qué golpes tienes!—afirmó Saturiano con sincera admiración.

Y la Ezequiela meneaba la cabeza afirmativamente, pensando sin duda en que los golpes estaban por empezar, pero cuando empezaban serían muy superiores a los de su hombre.

Matías, ajeno por completo a la presencia de su mujer y a sus aviesas intenciones, siguió la conversación ahondando más en ella con el ánimo de mostrar más a su amigo, y se decidió a dar una cita a la vecina:

—Oiga usted, gitanaza... a las cinco baje por carbón...

No pudo seguir la frase. Ezequiela, que había llegado ya al colmo de su

ira, descargó un escobazo sobre la cabeza de Matías, a tiempo que le gritaba:

—¿Solterito, eh?... ¿Y que vas a bajar por carbón, eh?... ¡Pues ahora baja a por leña, recondenao!

Se había desbordado y ya no había forma humana de contenerla.

Matías y Saturiano se quedaron petrificados; les temblaban las piernas, no sabían qué decir, se sentían culpables y parecían dos niños cogidos in fraganti en una gran picardia.

Quería disculparse el marido, ajustado ante la actitud amenazadora de aquella diosa enfurecida, y decía con voz balbuciente, con palabras entrecortadas, mientras paraba los golpes:

—Oye, tñ... que era ésto... que... yo... ya...

Pero ante la furia de la Ezequiela, optó por correr al comedor, seguido de Saturiano, mientras dejaba que se desahogara con Balbinita, a la que gritó como un energúmeno:

—¿De palique con hombres cascos, eh? ¡Ya verás tú como yo te pesque por mi cuenta! ¡Sinvergüenza!... ¡Democada!...

Le arrojó un objeto contundente rumbo a su cabeza... y hubo rotura de cristales enfrente; dejó la cocina y fué al comedor.

Matías y Saturiano temblaban como dos azogados, agazapándose en un rincón.



—¡Cristalería!... — suspiró Matías cuando vió llegar a su mujer.

Y Saturiano, entristecido, suspiró a su vez:

—¡Me he jugado el cocido!

No les valió estar agazapados tras el parapeto que formaban el colchón y un cortinaje, respectivamente. Escuchaban desde allí las voces que daba en la cocina la Ezequiela llenando de improperios a la vecina, y esperaban que la tromba se desencadenara sobre ellas, mezclándose el uno al otro con el pánico pintado en los ojos y un temblorcillo en todos los miembros, que no daba pruebas de gran valar ni entereza.

Ezequiela, cuando se cansó de gritar por la ventana, empujando la escoba, como la viva representación de una furia ajamónada, entró en el comedor con los ojos fuera de las órbitas, y mirando a su marido le dijo con una voz que amenazaba terrible y espantosamente:

—¡En cuanto te pille te mato, so ladrón!...

Un temblor más pronunciado se apoderó del pobrecito, y, amparado en el colchón, esperaba poder evadir el chubasco de escobazos que le venía encima.

Ezequiela arremetía contra él con toda su furia, y daba golpes en el aire y cuando no, caían sobre el colchón, evitando así a Matías el sonrojo de recibir en pleno rostro los golpes de su cara costilla.

—¡Ezequiela, por Dios—le decía con la voz estrecortada—, cálmate, que voy a hacer la cama!...

—¡Qué cama ni qué niño muerto!... ¡He dicho que te mataba y te mato!... ¡Toma, indecente!... ¡Conque tu madre, eh? ¡Solterito?... ¡Toma, rico de... tu madre! ¡Toma, solterito inocente!...

Y a cada frase nuevo golpe que caía sobre el marido, que logró, al fin, y siempre escudado en aquel parapeto de lana, salir del comedor y encerrarse en la habitación en espera de que cesara el aguacero.

Ezequiela se apoyó en el palo de la escoba, se compuso unas greñas que le caían sobre la frente y, enfrentándose con Saturiano, que temblaba tras el cortinaje, le preguntó en forma muy poco conciliadora:

—¿Y a usted qué se lo ha perdido por aquí? ¡So vago!...

—Pues ná, señora Ezequiela... que le estaba contando a ése mi situación tristísima—replicó Saturiano en un tono de consideración profunda, porque sabía que las penas ablandaban el corazón de aquella mujer que parecía pedernal cuando estaba furiosa y que no era, en realidad, más que un pedazo de pan hondo.

—Y se la estaba usted contando encima del fregadero... ¿eh?

—Verá usted... yo me he subido allá... pues... para hacerle banda...

Matías, que al air que su mujer ya

no hablaba a gritos, se sintió con valor bastante para salir al comedor, apareció llevando en manos una almohada dispuesta a servir de blanco en el caso de que volvieran a llover pelos, y dijo, dándose las de muy hombre:

—¡La culpa es del que lo aguanta!...

Pero asustado de su propia valentía, asombrado de aquel rugo inaudito, lleno de pavor por aquel grito de rebelión que se le había escapado sin querer, corrió de nuevo a la habitación mientras la Ezequiela le decía furiosa:

—¡Calla, so ladrón! ¡Las doce y media y la casa hecha un solar! ¡Tenga usted hombres para esto!...

El corró comenzó de nuevo a llorar. Tenía hambre. Su madre se había olvidado de él con todo aquel drama del fregadero, y el chiquillo, no encontrando medio mejor para llamar la atención de su madre, berreó con fuerza pateando en el aire.

—¡Ya no más faltaba el hijo de su madre! ¡Ven acá, hija mía! ¡Si tienes hambre, ya lo sé!—dijo Ezequiela con inmensa ternura, tomando al chiquillo en brazos mientras se disponía a darle de mamar para calmar aquel apetito voraz del pequeño—. Ven acá, que tu madre tiene de lo que tú quieras... ¡Si te hubieras de fiar de tu padre!...

—Mujer, no pretenderás que yo...—murmuró Matías, que había asomado otra vez al comedor su cabeza medrosa.

Ezequiela no se dignó contestarle y

se quedó contemplando un rato al niño, que, feliz, glotón, ávido, chupaba sin cesar con un gorgoteo delicioso.

Matías creyó que la culpa estaba reestablecida, y acercándose a su mujer, que ahora no le podía pagar, a no ser que le arrojara a la cabeza como un proyectil el niño, le preguntó:

—Y ahora que t'has calmado... se può saber...

—¡A callar y a catar la sopa, que es tu obligación!—replicó Ezequiela con tal hufido que el niño se soltó del pecho para mirarla asombrado y volvió a cogerse a él al darse cuenta de que no iba con él la ríña.

—¡Me tendré que ir con mi madre!... ¡Lo estoy viendo!—murmuró Matías casi lloroso, mientras se encaminaba a la cocina para cumplir la orden que su cara mitad acababa de darle de forma tan autoritaria.

Hubo un largo silencio en el comedor, durante el cual sólo se escuchaba el gorgoteo del niño, que iba sorbiendo con ansia su ración de leche, como si no quisiera dejar ni una gota de la que le correspondía.

Saturiano dio unas vueltas en torno de la mesa y luego, costándole trabajo pronunciar las palabras, dijo a la Ezequiela:

—Yo siento haber faltado, pero...

—En su casa es donde falta usted, que no se le ve nunca por allí—le in-

terrumpió Ezequiela con su aire de pocos amigos.

—Bueno, señá Ezequiela... que lo pase usté bien—saludó Saturiano disponiéndose a marchar, aunque muy a regañadientes, porque de la cocina venía un tuillo tan sabroso que estaba invitando a quedarse.

Matías se asomó a la puerta y le explicó a su mujer:

—Te advierto que si le he dicho que se quedara a comer es porque lleva veinticuatro horas en ayunas...

—¿Que se muera!—contestó Ezequiela implacable, no queriendo dejarse enternecer.

—¡Vaya por Dios! Puts que ustedes sigan como es debido... y siento haber incurrido en su enojo...

Saturiano salió del comedor en dirección a la puerta del piso, con la cabeza baja y un gesto tan grande de desaliento y pesadumbre que el corazón sentimental que llevaba Ezequiela en su pecho, despertó de pronto, sintiendo una gran compasión por la desgracia de aquel pobre hombre, y en uno de sus arranques, le ordenó mejor que le dijo:

—¡No se vaya, hombre!... ¡Ande usté pa dentro y coma, si quiere, y reviente si le da la gana!

—Señora Ezequiela... yo sentiría molestarla... —murmuró Saturiano con emoción.

—¡Menos música y ponga usté la

mesa!—replicó Ezequiela, que no era mujer para que le agradecieran sus buenas obras.

—Con mucho gusto, señora...

—Chica, t'ha colocado de mozo de comedor—comentó Matías, alegre y feliz ante la perspectiva de poder ayudar a su compadre.

Saturiano puso la mesa rápidamente, sin que tuvieran que repetírselo, anhelando el momento de poder calentar el estómago con un buen plato de cocido.

—Pon ahí los platos—ordenó Ezequiela a Matías, que llevaba ya la comida de la cocina.

—Aquí están.

—Y usté corte pan, y no se quede como pascua, que aquí no nos comemos a nadie... Anda, sirve a ése primero—ordenó, señalando a Saturiano.

—De ninguna manera—replicó Saturiano, cumplimentando.

—Que no, que primero es usté.

—No, señora... las señoras primero—insistió Saturiano.

Y Ezequiela, perdiendo el control, gritó:

—¡A disputar se va usté a la calle!... ¡Aquí se hace lo que yo mando y ná más!

—Bueno, bueno, no se enfade usté. Por mí...—murmuró Saturiano temiendo que por el camino de los cumplidos se quedaría sin comer.

—Anda a abrir la puerta, que debe ser Agustín—ordenó Ezequiela a Ma-



tías, oyendo sonar el timbre de la puerta.

Agustín era, en efecto, que entró en el comedor con aquella sonrisa que le hacía amable a todos y se captaba las simpatías en un momento.

—Un poquito retrasado llego... perdón —se excusó Agustín al entrar, tomando asiento en el lugar que tenía reservado en la mesa.

Ezequiel le contestó con un mirón que contrastaba vivamente con su carácter violento y discolo:

—Tú ya quisieras venir de prisa... pero como por lo visto andas enredado con faldas... ¡claro!, no puedes correr... ¡como si lo viera!

Soltaron la carcajada, para reír la changuita de Ezequiel, Matías y Saturiano, pero ella, volviendo a su gesto inaguantable, rugió:

—¡No se rían ustedes porque les tiro un plato a la cabeza!...

—No hagas locuras, mujer, que quedan pocos—imploró el marido.

—¿Qué pasa? —preguntó Agustín, mirando a cada uno de los que estaban en torno a la mesa, al descubrir el aire hosco de su tía y el pánico reflejado en el rostro de los dos compadres.

—Ná... Que estamos castigados... —explicó Matías.

—¡La juventud bulliciosa!... —rió Agustín con una carcajada ruidosa, conociendo el carácter de aquellos dos hombres que andaban siempre tras de

las faldas ajenas, porque con las propias ya no había nada que hacer.

—Pues no te guasees... que si no lo digo...—amenazó Matías.

Agustín no hizo caso de la amenaza. Siguió riendo y embromando a los dos hombres, con gran desesperación por parte de Matías, que sabía que aquellas bromas le costarían algunos pellizcos y otras tantas porrasas, y por desviar la conversación, dijo:

—Anda... que cuente Saturiano lo que sabe...

—Ná... lo natural... ¡que tiene novia! —explicó Saturiano—. ¡Y muy guapa!... La conocimos en la carretera, yendo juntos en el camión... ¡Ella estaba por mí, pero tiene uno tantas que se la esdi a éste por traspasso! ¡Me dió tanta lástima!... ¡Lo vi tan mochal!

—Ya decía yo...—murmuró la Ezequiel con aquel acento cariñoso que siempre empleaba cuando se trataba de cosas de Agustín.

Pero en aquel momento se llevó a la boca la primera cucharada de sopa, hizo un gesto espantoso de repugnancia, y esforzándose por no devolver la cucharada que acababa de engullir, preguntó, furiosa de nuevo:

—¿Pero qué tió este caldo? ¿Qué le has echao al cocido?

—¿Al cocido?... Pues ná... que tiene una cosa de un amigo de éste—explicó Matías acordándose de la salsa que Saturiano se había empeñado en preparar.

—Sí... un amigo mío... del Ideal Rum Rum... que—dijo Saturiano, que creía que el cocido había de estar exquisito.

—¿Conque Rum... Rum..., eh?... ¿Pero qué porquería es ésta? ¿Es que nos ha querido envenenar?

—No, señora... es una salsa culinaria que sabía un cocinero amigo mío... Pero si ustedes tienen aprensión... por mí... yo me la comeré solo...

—¿Solo?... ¡Eso quisiera usted!... ¡A comer todos, aunque reventemos!—afirmó Esequiela predicando con el ejemplo, ya que comenzó a tomar la sopa haciendo grandes aspavientos de repugnancia, pero comiéndola como si fuera el plato más exquisito del mundo.

Matías y Saturiano la imitaron, pero Agustín, después de haber probado con cierto reparo un sorbito de aquel caldo, dejó la cuchara con un gesto de desagrado y consultó el reloj. ¡Eran las tres! ¿Qué le importaban a él la sopa, la salsa del Ideal Rum Rum ni los gritos de tía Esequiela? ¡Las tres!... A aquella hora debía estarle ya preparando Eloísa para irle a encontrar.

Agustín comió en un santiamén y se marchó a la calle, porque por primera vez en su vida iba a concurrir a una verdadera cita amorosa. Eloísa era su primer amor sincero y aquel encuentro con la mocita, en medio de la calle, había de constituir para él el momento más emocionante de su vida.

. . .

Eloísa también consultaba el reloj con impaciencia. Precisamente aquel día Marcelina y su hija habían comenzado a comer más tarde que de costumbre, y la mesa, atendiendo a las manecillas del reloj que se le antojaba correr con desesperada velocidad, no atendía al servicio de la mesa y no daba pie con bola.

—¿Pero qué te pasa hoy?—le preguntó Marcelina en una de sus frecuentes distracciones.

—Vas a parar el reloj de tanto mirarlo, hija—intervino Irene con su gesto agrio.

Eloísa sonrió sumisa, y como se sentía dichosa al pensar que se aproximaba la hora de acudir a la cita que le diera Agustín, replicó, sin dejar de mirar la hora:

—Es que hoy me toca salir... y ¡estoy tan contenta!

—Te tocaba salir—corrigió Irene—. Hoy esperamos invitados a merendar y tú tienes que servirnos.

—Otro día saldré, Eloísa—intervino Marcelina con cariño, como queriendo dulcificar las palabras duras de su hija.

—Lo que ustedes muerden... sí señora...—replicó tristemente la chiquilla con aquella sumisión a que la había acostumbrado la vida.

Al terminar la comida Eloísa se encerró en la cocina para lavar los platos. Comenzó la tarea con desgana, distraída, dejando volar su pensamiento.



¡Se había hecho tantas ilusiones por ver a Agustín! Y aunque se resignaba a su suerte le dolía tener que renunciar a aquel pequeño placer.

Miró por la ventana y su rostro se iluminó con una sonrisa de satisfacción. Agustín estaba en la calle, de pie en la acera de enfrente, puntual a su cita, haciendo honor a la palabra que había empeñado.

Pero la alegría de la mocita se empañó al escuchar los pasos de Marcelina que se acercaba, y se retiró rápidamente de la ventana, continuando su tarea de lavar platos, que en aquellos momentos le parecía la más dura de todas las tareas.

Pero Marcelina, sin saberlo, veía a dar a Eloísa una oportunidad para que saliera a la calle.

—Mira, Eloísa—la dijo—. Vete a comprar un kilo de pastas y una botella de Jerez. Son cinco duros y cinco minutos de tiempo para regresar.

—Sí, señora... voy en seguida—replicó Eloísa quitándose prestamente el delantal; y cogiendo el dinero dió una rápida mirada a la ventana para comprobar que él seguía allí esperándola, y añadió con una alegría mal contenida:

—Voy en un vuelo... ¡A escape!

Bajó las escaleras brincando y llegó a la calle. Agustín, al verla, se acercó a ella rápidamente, pero al ver que la

muchacha seguía su camino sin detenerse, le preguntó:

—Oye... ¿por qué has tardado tanto en salir?... Y cuando ya creía que no salías y ya esperaba que no salieras, resulta que sales... y al salir... Pero, oye, no corras tanto, que no se nos escapa el tren.

—Voy a comprar unas cosas y sólo tengo cinco minutos.

—¡Tenía unas ganas de que salieras para salir de dudas de si saldrías o no saldrías!—continuó Agustín, hándose cada vez más con el verbo salir que no le dejaba salir de él.

Y Eloísa, contagiada sin duda por la abundancia del verbo, le contestó:

—Pues yo tenía unas ganas de salir que cuando me han dicho que no salía se me salió hasta el café que tenía puesto a cocer...

Agustín, que no podía contener por más tiempo el amor que sentía hacia aquella mocita, le dijo, siguiéndola en la carrera desenfadada que ella llevaba:

—No he pensado más que en ti desde el otro día... ¡Me tías chalao, gloria!... Pero oye, modera el paso... ¿O es que vas a una carrera de galgos?

—Es que tengo muchísima prisa... Ya te he dicho que sólo tengo cinco minutos. Hay convidados en casa esta tarde.

Agustín tropezó con varios transeúntes, de tan de prisa y distraído como ella.

Aceleró ella todavía más el paso, y al fin Eloísa entró en la pastelería llevando pegado a sus faldas a Agustín, que seguía hablando con ella como si estuvieran solos en el mundo.

—¡Mardita sea mi estampa!... Bueno, pues, ya que tienes tan poco tiempo, dime... ¿de eso de querernos, qué?...

—Otro día te contesto, que hoy hay corridos.

—No tienes que contestar hoy, porque yo no te he engañado.

—¿De veras que no me engañas?... ¿Que me dices la verdad?

—Toda la verdad, chiquilla... Sólo te he dicho una mentira muy grande y quiero confesártela—dijo Agustín, sincero.

Alarmóse Eloísa al escuchar aquellas palabras y abriendo mucho los ojos, miró fijamente al mozo y le preguntó:

—¿Una mentira?... ¿Qué es?

—Tú no te mercedes ese engaño, Eloísa, y hoy me he dicho... digo, hay que confesar la verdad a la Eloísa pa que ella te pueda querer.

—Pero... ¿es que eres casao?—preguntó Eloísa, pensando lo peor, como acostumbraban hacer siempre las mujeres.

—No, mujer... no te asustes... que en mi casa no hay nadie casao...

—¿Entonces?... —inquirió ella, sin comprender.

—Te he dicho que era grande la

mentira... porque se trata del camión, ¿sabes?

—¡Ah! —aspiró ella, aliviada—. ¿Y qué pasa?

—Que te he dicho que el camión era mío... y eso es mentira...

La chiquilla soltó una franca risotada. ¡Qué le importaba a ella que el camión fuera o no fuera de Agustín, si ella a quien quería era a Agustín y no al camión!

—No te rías porque trabajo como chofer y gano ná más que un jornal... Yo te prometo que pronto seré amo... Voy a marcharme a Galicia a trabajar en una empresa que me dará parte de sus beneficios y cuando regrese me traigo de allá los papeles para casarme... y un camión de mi propiedad, pintado de azul, de treinta caballos, seis o siete ruedas y un letrero que diga: *Agustín Pérez y Sánchez y señora. Transportes*.

Rió con una fresca carcajada Eloísa al escuchar aquellas palabras pronunciadas con tanto entusiasmo, y dijo, entre risa y risa:

—Tendrás que cambiarte los apellidos, chico.

—¿Por qué?—preguntó ingenuamente Agustín.

—Porque está prohibido usar nombres extranjeros.

Le tocó el turno a Agustín de soltar la carcajada, y tan embebidos estaban los dos en su conversación que no se daban cuenta de la impaciencia que

mostraba el dependiente de la pastelería que esperaba órdenes de aquellos clientes que parecían haberse olvidado de que estaban en una tienda y que sin duda se imaginaban estar solos en el mundo, sin más que hacer que mirarse a los ojos con mucho amor, reír de cualquier trivialidad, porque la dicha se les escapaba por los labios, y decirse todas esas cosas que para los enamorados tienen tanto interés.

—¿Me querrás siempre, Eloísa?— preguntaba Agustín, mirando a la moza encandilado—. ¿Querrás ser mi mujer?

Tardó la chica unos minutos en contestar y luego, con aquella sonrisa simpática, de alma noble y franca, le contestó:

—Tú vuelve con el camión... o a pie... que... que puede que antes de llegar ya te esté queriendo...

—¡Bendita sea tu alma y tus ojos de gloria y tu...!— murmuró Agustín acercándose cada vez más a Eloísa y tomándole las manos con vehemencia.

—¡Suelta, loco!— protestó ella débilmente, ruborosa, pero encantada del rumbo que tomaba aquel amor que era el primero que encontraba en su vida y que le hacía conocer una inacabable serie de nuevas emociones; y en un brusco movimiento de ambos derribaron al suelo unos botes de bombones.

El pastelero ya no pudo más ante la escena silenciosa que se desarrollaba ante sus ojos, y encarándose con ellos,

les dijo, mientras se afanaba en recoger su mercancía:

—Oigan, jóvenes, que ustedes vienen equivocados...

—¿Nosotros?...

—Sí... el cine está tres puertas más abajo.

—¡Ah, perdone usted, caballero!— murmuró Eloísa azorada y roja como la grana.

—Pero si lo que venimos buscando nosotros es una pastelería — añadió Agustín, que aun no se había dado cuenta de dónde estaba, y desapareciendo precipitadamente de la tienda.

\* \* \*

Agustín cumplió la palabra empeñada. Marchó a Galicia dispuesto a trabajar, a luchar, a hacerse hombre, a conquistar una posición, a lograr convertir en realidad aquel sueño tantas veces acariciado: ¡ser el propietario de un camión y dedicarse al transporte por cuenta propia!

Puso tanta voluntad en su empeño, tanto entusiasmo en su trabajo, tanta fe en su porvenir, que consiguió, en menos tiempo del que había pensado, hacerse con un pequeño capitalito que le permitió la compra del automóvil, y pudo volver a Madrid, orgulloso de sí mismo, conduciendo un camión en el que en grandes caracteres se leía:

*Agustín Pérez y Sánchez. — Transportes.*



Cruzó las calles de Madrid, del Madrid de su alma, y fué directo a aquella en donde vivía Eloísa, pues quería que fuera ella la primera que admirara su adquisición y que le viera con aquel aire de propietario que Agustín estaba seguro le sentaba muy bien.

Graves trastornos habían ocurrido en la casa donde Eloísa estaba sirviendo, graves y muy tristes: Irene, su prima, seducida por aquel chulo con aires de don Juan callejero, había caído rendida en sus brazos ante la promesa formal de casamiento... ¡Y de aquel abrazo que por parte de ella fué un frenesí de amor y por parte de él la simple satisfacción de su instinto, nació un cuquillo, un niño precioso al que tía Marcelina había tomado en sus brazos sintiendo toda la angustia de la deshonra de su hija y toda la inquietud del porvenir de aquel pequeñuelo que venía a desbaratar todos sus planes de madre ambiciosa que hubiera deseado para su hija una posición espléndida y un casamiento ventajoso que las hubiera arrancado a las dos de la mediocridad en que vivían.

Hacia pocas semanas que el niño había nacido. Durante todo el tiempo de su estado, Irene había permanecido en casa, sin salir a la calle para nada, en espera del pequeñuelo que venía a llenar su vida de tinieblas y de horror. Había adelgazado la chica hasta lo inverosímil. El orgullo de ser madre, la

alegría de sentir la vida de un nuevo ser fructificar y crecer en su seno, la ilusión de ver enajado en un hijo el éxtasis del amor, la dicha inefable, grande, dulce, serena, maravillosa de la maternidad, todo en ella se convertía en dolor y en angustia. Y cuando vió a su lado aquel pedazo de su ser, cuando escuchó el vagido con que anunciaba su llegada al mundo, cuando se dió cuenta de lo irreparable del daño que le había hecho el traidor, sintió un ansia loca de arrancarse el corazón.

Pero le faltó valor. Y vivieron ella y su hijo. Y ahora no sabía qué hacer con el niño que la comprometía, que proclamaba su deshonra, que era su acusación constante.

Aquella tarde Marcelina estaba al lado de la cuna de su nieto, mirándole dormido, inocente de la tragedia que representaba para aquellas dos mujeres su llegada al mundo, mientras Eloísa trajinaba por la habitación poniendo orden en ella, cuando el sonido de un claxon, tocado con insistencia, como si llamara, la hizo acercar a los cristales del balcón y mirar por ellos.

Una exclamación de júbilo se escapó de su garganta:

—¡Si es Agustín!... ¡Agustín con su camión!...

—Pues mira — le dijo Marcelina, aprovechando aquella circunstancia que venía a favorecer los planes que tenía forjados en su cerebro—, puesto que

ha llegado tu novio, puedes pasarte la tarde con él... porque Irene y ya vamos a buscar un ama para el niño.

—¿Pero es que no se lo va a criar ella? — inquirió Eloísa entristecida, porque ya quería a aquel chiquillo que era un angelito precioso—. ¡Pobrecillo!... ¡No le tendremos con nosotros!... ¡Con lo monísimo que es!

—Bueno, bueno... tú a lo tuyo... Cada una sabe lo que le conviene—resonó Marcilina a la que no hicieron ninguna gracia los comentarios de su sobrina—. Lárgate con tu novio y no te preocupes de nada más.

Eloísa no se hizo repetir la orden, pero antes de marcharse dió una larga mirada de conmiseración a aquel chiquillo que no encontraba calor en el pecho de su madre, puesto que se desahucia de él, dándolo a pechos mercenarios.

Bajó a la calle la chica después de haberse acicalado y cuando Agustín la vió asomar al portal corrió a ella gritando como un loco:

—¡Eloísa!...—y quiso abrazarla.

Pero la moza le detuvo con un gesto y contestó:

—¡Agustín, por Dios, que estamos en la calle!

—¡Tén razón...! ¡Pero es que tengo una alegría tan grande!... Mira... mira... ¿qué te parece?... ¡Tengo lo que yo quería y lo que te prometí... aunque

se ha aminorado un poco... y en vez de camión es camioneta!

—¡Y eso qué importa! ¡Si es tan bonita!... ¡Qué color de lechuga tan divino! ¡Qué ruedas tan redondas!—exclamaba Eloísa, admirando lo que veía.

—¡Y fíjate qué bocina!... Se oye a tres kilómetros de distancia... ¡Y no te digo nada del confort interior!... Sube, sube y verás...

Subió Eloísa a la caja del camión y Agustín lo hizo tras ella, quedando ocultos de las miradas de los transeúntes por una lona a guisa de discreta cortina...

Allí estuvieron un buen espacio de tiempo y cuando bajaron, en la cara de Agustín estaba marcada la huella del carmín de los labios de la moza.

Rió Eloísa al verlo en aquella forma y él, muy azorado por aquella risa o arrebato lleno de emoción por la brevedad de aquel momento amoroso, la cogió de la mano y la hizo subir precipitadamente a la cabina para ir a pasear por la ciudad, cogidos así de la mano, para charlar con calma de sus proyectos para el porvenir, ahora que ya era amo y podía ofrecerle a ella una posición más tranquila y desahogada que cuando no era más que un jornalero a cargo de una fuerte empresa de transportes.

• • •

Para ocultar su debonor y su vergüenza Marcelina convenció a su hija de que llevaran al niño a casa de una nodriza, lejos del barrio que ellas habitaban, ocultando así al pequeño a los ojos de sus amistades.

Aquella misma tarde, madre e hija, llevando ésta en sus brazos a aquel pedazo inocente de su ser, marcharon por las calles de Madrid con la cabeza baja, pálidas y macilentas, las lágrimas en los ojos y los sollozos pugnando por escapar de su seno, hacia el harrio de las Cambronerías.

Las acompañaba la tristera y el remordimiento de lo que iban a hacer, pues a ninguna de las dos se les escapaba la vileza que cometían con el angelito que había nacido de un momento de locura, pero que era, al fin y al cabo, el hijo de su vida, su sangre y su carne convertidas en el premio más bello que la vida puede ofrecer: ¡un hijo!...

Entraron en el amplio patio de una de aquellas casas de vecindad, pobres, miserables, en donde se hacina la gente en una heterogénea promiscuidad, abundando los gitanos que con sus gracias, sus hablars típicos y sus cantos eternos daban a la casa un aire exótico y pintoresco que ni Marcelina ni Irene podían en aquellos momentos apreciar.

En medio del patio un gitano arreglaba un gran caldero de cobre; más allá, junto a la fuente, una moza lle-

naba un cántaro; otro gitanillo daba pienso a un borrico famélico y una gitana moza, guapa, graciosa, entonaba, mientras arreglaba un gran ramo de claveles, esta canción que tenía una tonada melancólica y un ritmo de afonanza que sobrecogió a las dos mujeres que cruzaban el patio con aquel aire de misterio y de temor:

Favuelto en papel de plata  
conserve yo un capayito,  
que arrancaste aquella tarde  
que junto a la fuente  
me diste un besito.  
Un besito que me llegó al alma,  
Fué un besito que me corrió boca,  
por ser, gitano, el primero,  
¡ay! que me diste en la boca.  
Gitana, no me des echazos,  
no me des más fatigas, por tu salá,  
que junto aquel capayito  
yo guardo el besito  
que me diste tú.

Marcelina e Irene cruzaban el patio seguidas por las miradas curiosas de todos y las mofas de los chiquillos desarrapados que palulaban por todas partes como enjambre de abejas, y llegaron hasta el portal más mísero y más sucio de todo el patio, donde las estaba ya esperando Rosa, la Quemá, que las hizo pasar en silencio, cogió al chiquillo en brazos y lo dejó en la cunita que ya tenía preparada para aquel pequeño huésped cuyo arribo le había sido anunciado.

Se arrodilló la madre al pie de la cuna y sintió que allí se quedaba su corazón, aquel corazón que quizás ha-





...pues era la primera vez que se arcon  
había frente a una explosión de amor.



—Ya... por un poco de pan y un poquito  
de cariño soy capaz de revolver el mundo!



—¡Mi madre! ¡Si estoavía no he hecho... la cama!



—¡Calla, hombre, calla, que ya te voy a dar el chupete!



Pero Saturnino estaba empeñado en hacer la culpa...



—Ver acá, que tu madre tiene de lo que tú querás...





—Pero si ustedes tienen aprensión... por mí... yo me la comeré solo...



Agustín tropezó con varios transeúntes...



...enfrentaron al suelo unos botes de bombones.



...lágrimas en las que había amor, arrepentimiento, ternura  
y desesperación.



...poniendo a la madre y a la hija una cosa elegante, confortable...



—Porque soy pobre, no puedo perder la honra.





—Hay que ir al Juzgado, y cargar quien carga!



—A este tipo le rompo ya las narices.



—(De vergüenza de los morite) ¿Y para esto me has hecho venir?



Irene y Marcelina retrocedieron asustadas...

en aquel momento, el terrible momento de la separación y de renunciamento, se daba cuenta de que era el corazón de una madre.

Grosas lágrimas rodaron por sus mejillas enturbiando los ojos y sintió una gran congoja, como si el alma quisiera escaparse en aquellas lágrimas en las que había amor, arrepentimiento, ternura y desesperación.

Marcelina la cogió por los hombros y la obligó a levantarse. Era tarde ya. No podían ahora dejarse dominar por una emoción hasta entonces reprimida. Aquel chiquillo era la prueba viviente de la deshonra de su hija y Marcelina estaba dispuesta a pasar por todo, a cometer cualquier vileza, si era precisa, para apartar a su hija de aquella vergüenza.

Salieron las dos mujeres al patio sin atreverse a dar una última mirada al niño que, inocente, como un angelote fresco y precioso, sonreía dulce y sereno en la misera cunita.

En el patio, el gitano que arreglaba el gran caldero de cobre, cantaba una canción sin transcendencia, pero que a Irene le sonó como un quejido de angustia y de dolor.

Decía la canción:

Quando será el día, para,  
pon, pon,  
será el día pajero,  
que por fortuna compán,  
pon, pon, pon,  
ponga el último caldero.

Y siempre así dale que da,  
golpe tras golpe, pon,  
pon, pon,  
esto ni es vida ni es ná.

Cuando habían llegado, envueltas en el misterio, ocultándose a miradas indiscretas o impertinantes, la madre y la hija, bajas las cabezas, queriendo ocultar aquella villanía, cruzaron las callejas solitarias del Madrid viejo, llegaron a los barrios modernos y fueron derechas a su casa, dando un suspiro al entrar, como si se sintieran aliviadas de un enorme peso.

\* \* \*

Marcelina no seegó hasta convencer a su hija que olvidara el pasado y que buscara un hombre formal que la llevara al altar y la hiciera su esposa, ignorante de la triste historia que había dejado en el alma de la muchacha una huella muy honda, tan honda que ya nada ni nadie la podrían borrar nunca.

La fragilidad de Irene la ocultaría su madre cuidadosamente y, al necesario fuera, llegaría a todo con tal de salvar su honor y, sobre todo, de defender su vida de holgazana, de señorita, de burguesita mimada.

Y la víctima inocente de las maquinaciones maternas fué el señor Adrián.

Era el señor Adrián un hombre maduro, adinerado, honachón, confiado,



que vió en Irene la esposa ideal para hacerle compañía en los últimos años de su vida, en esos años en que el solterón empedernido ve acercarse con pavor la soledad de una vejez sin cariño, sin hogar, sin amparo.

Resistíase Irene a acceder a las instancias del señor Adrián y a los consejos de su madre; pero por una parte Marcelina no cesaba de hacer presión sobre el ánimo de su hija, y el futuro novio, por su parte, hacía cuanto estaba en su mano para atraerle el afecto de aquella muchacha que había llamado su atención. La colmaba a todas horas de atenciones, le hacía regalos espléndidos y acabó poniendo a la madre y a la hija una casa elegante, confortable, de un gusto un tanto dudoso, pero para ellas exquisito, en un barrio céntrico en donde podían dárseles de verdaderas señoras, si nadie se atrevía a espiar en lo íntimo de aquellas dos vidas de mujer.

Irene había visto cómo se tornaba en realidad el sueño de su madre y se había instalado con disgusto en la casa que el señor Adrián había amueblado para ellas; pero todavía no se había decidido a dar el sí tan esperado por el vieja, a pesar de que aceptaba todo cuanto él le iba ofreciendo.

Aquella tarde, cuando estaban dando los últimos toques al arreglo de la nueva casa, Irene tuvo un súbito arranque de desesperación al escuchar la voz de

su pretendiente que llegaba a cumplimentarla, como todas las tardes, cuando acababa su trabajo, y dejando lo que tenía entre manos corrió a encerrarse en su habitación, sollozando desoladamente.

Siguióla su madre al verla en aquel estado, la acarició como a una chiquilla y le dijo, adivinando sobradamente lo que pasaba en el ánimo de su hija:

—¿Pero qué es esto? ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mala?

—¡No puedo, madre, no puedo!—sollozaba Irene—. ¡No puedo soportar a este hombre! ¡Me da horror pensar que he de ser suya!...

—¡Por Dios, hija mía! —exclamó Marcelina asustada ante la expresión de su hija—. No debes hablar así... No tienes derecho a hablar así... Es hora de que sientes la cabeza, de que pienses en tu porvenir, de que te decidas a tomar un camino seguro en la vida. ¿De qué te han servido tus locuras, tus romanticismos, tus ilusiones?... ¡Ya ves hasta dónde te han llevado!...

—Si no fuera por esto...—murmuró Irene enjugando sus lágrimas y acallando los sollozos que pugnaban por escaparse de su pecho.

—Ahora has de ser prudente y previsora, Irene—siguió diciendo la madre para animarla—. Adrián es hombre formal. Con él estarás como una reina. ¡Mira con qué lujo nos ha instalado en esta casa! ¡Ya verás cuando seas

su mujer! ¡Nadie te podrá!... Vamoa, ánimate y sal al gabinete, que te está esperando.

Empolvóse Irene la nariz enrojecida por el llanto, se limpió los ojos, enarcando las pestañas todavía húmedas de lágrimas, y con un aire que no resultaba muy alegre fué al encuentro de su futuro.

Adrián se levantó al verla, le ofreció un precioso ramo de flores blancas, y la miró con sorpresa, adivinando el pasado llanto, y con solicitud y ternura le preguntó:

—¿Qué te pasa, Irene?

—Nada... un poco de jaqueca—se excusó la muchacha—. No pienso salir de casa...

—Que no se encuentre muy bien—curroboró Marcelina para ayudar a su hija.

—Pues voy a traerle todos los médicos de Madrid hasta que se le curen todas estas molestias—afirmó Adrián muy serio—. No es natural que esta chiquilla esté siempre con jaqueca... Disculpame por haberme retrasado un poco—añadió dirigiéndose a su novia.

—¡Quítate allá, por Dios!... ¡No te apures!... ¡Ni notar!...—exclamó Irene con intención.

Adrián no recogió la amargura que encerraban aquellas palabras y siguió diciendo:

—He venido un poco más tarde de lo que pensaba porque me ha llamado

el propietario de la casa donde han vivido ustedes muchos años, en la calle de Goya, para levantar allí dos pisos más... y me ha dicho que las conocía a ustedes mucho...

Marcelina e Irene cambiaron una mirada de recelo y sombra, temiendo que su antiguo casero hubiera podido decir alguna impertinencia que echara al traste el casamiento de Irene, y Marcelina se apresuró a decir:

—¡Ah, sí!... Pero no nos hable usted de aquella casa... ¡Tiene para nosotras recuerdos tan desagradables!...

—¿Qué des pasó a ustedes?—preguntó el señor Adrián, curioso, porque en realidad el casero de la calle de Goya nada le había contado.

—Pues, verá usted—comenzó a decir Marcelina, que, dispuesta a salvar a su hija, no reparaba en cometer la villanía de calumniar a una inocente—. ¡Cosas de la vida!... Usted sabrá que recogí en mi casa a la Eloísa, mi sobrina, que se nos presentó recién llegada del pueblo como una santita, como un pedacito de pan candéal... ¡Pero, sí, sí, vaya santita! ¡Vaya chasco que nos llevamos la china y yo! De la noche a la mañana, la vimos con un muchacho, nos dijo que era el novio que tenía en el pueblo, se lió a salir con él todos los domingos y muchas tardes entre semana... y al poco tiempo... ya se figurará usted... ¿para qué le tengo que decir?...—insinuó Marcelina con toda maldad.

—Comprende —atajó Adrián, sacando del apuro a aquella santa mujer que se rebelaba a terminar tan espantosa confesión—. Al poco tiempo tuvieron... hijos. ¿No es eso?

—Eso es... Nació un chiquillo. La infeliz es buérfana. ¿Qué vamos a hacer? No podíamos echarla. Mandamos al chico al pueblo y nos quedamos con ella por no abandonarla en aquellas circunstancias, porque la moza no es mala...

Así, con aquella apariencia de bondad y de sacrificio, Marcelina calumnió con la más infamante de todas las calumnias, a la confiada, a la inocente Eloísa, haciendo recaer sobre ella el pecado que había cometido Irene.

Adrián se sintió emocionado y, con la voz entrecortada, replicó:

—¡Dios les recompensará a ustedes la buena obra! No se arrepientan de eso...

Eloísa, sin querer, había oído desde la cocina la conversación sostenida en el gabinete por su tía. Su corazón parecía querer saltárselo del pecho. Tentada estuvo de entrar en el gabinete y desmentir a gritos aquella infamia con que se quería manchar su vida, pero pensó en Irene, en el porvenir de su prima, y se contuvo, esperando con la angustia reflejada en su rostro a que el señor Adrián se marchara.

Entonces sí, entonces fué hacia Marcelina y, con una expresión de dolor,

de angustia, de pena, de sufrimiento, le dijo en un grito que era más un lamento que una imprecación:

—Pero ¿qué ha dicho usted a ese señor?

Marcelina se sobrepuso a sí misma ante la sorpresa de ver que Eloísa había escuchado aquella infamia, y le dijo muy suavemente, para convencerla mejor, porque sabía que aquella criatura, toda sentimiento y bondad, se dejaba llevar fácilmente por la desgracia ajena:

—Mira, hija mía, ha sido preciso obrar así. En este mundo tenemos que valernos unos de otros. Ese hombre es nuestra salvación y no conviene que sepa la verdad...

—¡Pero es que le han dicho que el chico es mío! —gritó Eloísa, dejando escapar en aquella exclamación toda la amargura de su alma.

—No te sofiques, mujer —murmuró Marcelina—. ¡No es para tanto!... Porque, vamos a ver... también te recogimos a ti cuando no tenías amparo de nadie. Justo es que ahora nos pagues de algún modo el favor que te hicimos.

—¡Tía Marcelina! Pero se trata de mi reputación! ¡Se trata de mi buen nombre! ¡Yo también tengo un novio formal para casarme!... ¡Yo también tengo todo un porvenir delante de mí! —lloró Eloísa, no pudiendo contener



ya más el torrente de su dolor desbordado.

—¡Por Dios, hija, sálvanos!—implore Marcelina—. Cállate y partiremos contigo nuestro bienestar.

—Después de todo, tó no eres ninguna princesa—dijo Irene, zahiriendo, como siempre, a su prima.

—Por eso mismo—replicó Eloísa alzando la cabeza con dignidad—. Porque soy pobre, no puedo perder la honra... Si ustedes me la quitan, ¿qué me queda? ¡No, no, no! ¡No quiero! ¡No puedo! ¡No puedo callar! ¡Dios mío, no puedo soportar esta infamia! —sollazó con toda su desesperación Eloísa, saliendo del gabinete para ir a encerrarse en su habitación y allí impetrar a Dios, a aquel Dios que era su único amparo y su único apoyo, que la ayudara en aquel momento difícil, en aquel trance peligroso.

—Pero, Eloísa...—murmuró Marcelina, intentando detenerla.

—¡Bah, déjela, ya se calmará!—replicó Irene.

Pero la calumnia es como un alud vertiginoso, es la vorágine que todo lo arrolla, es el río salido de madre, que todo lo aniquila.

Y aquella calumnia, lanzada por Marcelina para salvar a su hija, fué tomando cuerpo, fué creciendo, fué haciéndose enorme, pavorosa, terrible...

Hasta que llegó, agrandada, a oídos de Agustín.

Pero Agustín estaba seguro de la inocencia de su novia y conocía a la verdadera culpable, porque Eloísa le había contado todo lo que pasó durante su ausencia, mientras él estaba en Galicia trabajando para conseguir una posición que le permitiera ofrecerle a la mujer amada un porvenir tranquilo y risueño.

Por esto no hizo caso de las primeras insinuaciones; pero cuando fué viendo que la calumnia tomaba cuerpo, no quiso consentir que el nombre de su novia fuese de boca en boca y se pronunciara con desdén, con railocencia, con maldad.

Agustín sufrió en silencio mucho tiempo aquel ambiente que se iba formando en torno a sus amores, pero acabó confesándole a Eloísa lo que pasaba, una tarde en que paseaban por los alrededores de Madrid y se sentaron a orillas del Manzanares, viendo deslizarse la corriente tranquila del agua a sus pies.

Eloísa le escuchó con terror. Sabía ella que la calumnia había sido lanzada. Lo que no pudo nunca pensar es que Agustín llegara a sospechar de ella. Y ahora, ahora que él le hacía aquella confesión, ahora le pareció ver en los ojos de su novia una sombra de duda, un algo incomprensible, como si la sospecha hubiera hincado también su diente en el corazón amado.

—¿Dudas de mi inocencia, Agustín?

—le preguntó ella con una infinita angustia en la voz.

—Na, no dudo, Eloísa, pero no quiero que la gente tenga motivos para murmurar de ti, para calumniarte...

—Pero es que yo no puedo decir la verdad al señor Adrián y que la Irene pierda su felicidad— exclamó Eloísa con una nobleza y una dignidad admirables, decidida a sacrificarse por su tía y su prima en recompensa de lo que por ella habían hecho; porque si Agustín creía en ella, ¿qué podían importarle las habladurías de los demás?

Pero Agustín era hombre y no podía pensar como aquella inocente criatura. Y murmuró, bajando la cabeza:

—Es que yo tampoco quiero amargar la vida del señor Adrián. ¡Pero que digan que has sido tú! ¡Vamos, eso es demasiado! Y aunque hoy he firmado ya la contrata con el señor Adrián para hacer todo el transporte de las obras que él tiene...

—¿Que has firmado la contrata? — exclamó Eloísa con una alegría incontenible—. ¡Qué suerte, Agustín! ¡Ahora podrás comprar un camión más!

—¿Uno sólo? ¡Cuatro pienso comprar! Pero, a pesar de todo, Eloísa, yo no consentiré que te calumnien a ti. Ni quiero pasar yo por lo que no soy — afirmó Agustín apretando los dientes y cerrando los puños en señal de amenaza.

Eloísa calló. En su espíritu luchaban

los más encontrados sentimientos. Sobre todos ellos dominaba el amor que sentía por Agustín, pero pensaba también en su honor, que era ya el honor del navío, y pensaba en el deber y en el agradecimiento que debía a su tía, y no lograba encontrar un camino que la pusiera a salvo a ella de aquella calumnia sin deshacer la tranquilidad de las dos mujeres que la habían amparado cuando estaba abandonada de todos. ¡Era espantoso el sufrimiento de aquella pobre alma ingenua, inocente, buena, ante la crueldad fría y despiadada de la vida!

De pronto la secaron de su larga abstracción los ecos de una música lejana, una música dulce, triste, nostálgica, que llegaba hasta ellas traída por el aire sutil de aquella tarde tranquila y suave.

La música se iba acercando y se escuchaban ahora perfectamente las voces del coro. Era un grupo de húngaros, uno de esos grupos trashumantes que vagan por todos los países sin arraigar en ninguno, que conocen todos los cielos y todos los climas, que llevan impresos en sus rostros los reflejos del sol despiadado de los países del Sur y en los ojos la serenidad de los fiords del Norte.

Canaban con sus voces cálidas, llenas de añoranzas, suaves y graves al mismo tiempo, esta canción, que tenía un ritmo lánguido y sentimental, como

si viniera de lejos, de lo más intrincado del corazón de Hungría, de la tierra de sus mayores:

Canta, mendigo errante,  
canto de tu tierra,  
ya que nunca tu patria  
volviste a ver.  
Hungría de mis amores,  
patria querida,  
llena de las tus canciones  
mi triste vida,  
vida de inquieto  
y eterno andar,  
que alegre sólo  
con mi cantar.  
Canta, vagabundo,  
tus miserias por el mundo,  
que tu canción, querida,  
el viento llevará  
hasta la aldea  
donde tu amor está...  
Es camino siempre errante  
mi triste vida,  
sin encontrar un descanso  
en mi camino,  
ave perdida,  
nunca he de hallar  
un cielo amante  
donde cantar...  
Canta, vagabundo...

Eloísa y Agustín, con las manos entrelazadas, escucharon, primero con interés y luego con honda emoción, aquellas estrofas llenas de añoranza. Eloísa juntó su cabeza a la de Agustín y dejándose dominar por el sentimiento que la invadía, dejó que las lágrimas se desbordaran de sus ojos.

Agustín no quería ver nublados por la tristeza aquellos ojos que él amaba alegres y bullangueros, y para distraer a su novia de todas sus melancolías, le dijo en un tono festivo y alegre:

—¡Pues si se me olvidaba\* decirte lo más importante, chiquilla!

—¿Qué es?—preguntaron en silencio aquellas ojos hermosos en los que ya brillaban las chispas de la alegría.

—¡Casi ná! ¡Que he hablao con la tía Ezequiel y que está cocantada de teperte en casa como una hija fusta que nos casemos! ¡Ella que es tan buena, nos aconsejará qué debemos hacer en todo ese lío en que nos han metido!... ¡Ya verás cómo ella sabe arreglarlo todo!

Eloísa, al escuchar aquellas palabras, al oír el tono de sinceridad y de cariño con que eran pronunciadas, tuvo una sonrisa de satisfacción que brilló como un rayo de sol en un cielo nublado; pero en seguida, también como un rayo de sol que se oculta tras negra nube, volvió a cubrir aquel sello de tristeza y murmuró:

—Es que yo no seré feliz si para serlo tengo que hacerlo daño a otro...

Agustín la abrazó fuertemente, y besándola con un beso lleno de respeto y de unción, le dijo:

—Lo que tú eres es un ángel que no sirve pa andar por este mundo...

Y aquel ángel que no servía para andar por el mundo, supo remontarse tan alto, que consiguió callar y hacer callar a su novia... Y así pudieron casarse Irene y el señor Adrián.

\*\*\*



—Bueno, ahí... ¡cargar el material! ¡Esoo farúu, al otro camión! ¡Aquí, el material eléctrico!— gritaba Agustín, dirigiendo el transporte de las obras en construcción que tenía el señor Adrián y cuya exclusiva le había concedido por medio de aquella contrata que tanta alegría le había ocasionado.

Y viendo que uno de los obreros se quedaba siempre rezagado en el trabajo, le chilló:

—¡Oye, tñ, que aquí no quiero vago! ¿Tú no has oído que Dios lo dijo al hombre: "Trabaja"?

—¡Vaya humos que gusta el amigo!—murmuró un trabajador, mirando con mala intención a Agustín.

—Como que es el protegido del señor Adrián...—añadió otro con reticencia y con una sonrisita sahiriente.

—Ya, ya... ya hemos caído en que no hay vergüenza ni ná—añadió un tercero.

Agustín se dio cuenta de aquellas frases y, como estaba siempre en guardia, se encaró con sus trabajadores y les dijo:

—¿Qué estáis rumiando... so bueyes?

—Pues, eeu...—replicó uno de los obreros con perversa intención.

—¡Eso!—gritó Agustín, comprendiendo la aviesa malicia del que había pronunciado aquella palabra—. ¡Canallas! ¡Yo os digo a tóos que sois unos canallas y unos sinvergüenzas y unos malintencionados! ¡Y ahora mismo me

vais a decir qué estabais hablando ahí!—añadió furioso, cogiendo de las solapa de la chaqueta al obrero y sacudiéndole como si fuera un pelele—. ¡Venga, habla, so gallina! ¡Di en voz alta lo que ahora murmurabas!

—¿Pero es que me va usté a hacer responsable a mí de que digan por ahí de que la Eleísa... ha dao o no ha dao un traspíe?—murmuró el obrero, asustado de la forma amenazadora en que el patrón se le dirigía.

—¿Quién lo dice?—gritó Agustín, perdiendo la serenidad al escuchar aquellas palabras.

—Pues... ¿quién lo va a decir? ¡El mismo que le protege a usté!

—¡Que los hay voluntarios!—rió con una risotada soez uno de los obreros.

—¡Granuja!—gritó Agustín con los dientes apretados, derribando de un puñetazo al que había lanzado aquella exclamación.

—¿Pero qué pasa aquí? ¿Qué es esto?—preguntó el señor Adrián, que acudía con sus colaboradores al escuchar el rumor de la reyerta.

—¡Que es usted un canalla! ¡Tan canalla como ellos! ¡Ná más!—rugió Agustín perdiendo la noción de lo que decía, desgarrado por aquellas palabras que había escuchado en boca de sus obreros.

—¡Agustín, ve lo que dices!—dijo, sorprendido, el señor Adrián.

Agustín se encaró con el señor Adrián y, con los ojos fuera de las órbitas, pero con una voz dura e inflexible, dijo, señalando al grupo de hombres que le habían insultado:

—Ahora mismo va usted a decir a éstos que eso que usted les ha contado de la Eloísa es... ¡una calumnia! Y que si me ha dado usted la exclusiva de los transportes, es porque le han convenido los precios, ni más ni menos... ¡Y eso lo declara usted ahora mismo o no llega vivo a su casa!

Y Agustín, al pronunciar aquellas palabras, amenazaba al señor Adrián, queriendo caer sobre él para despedazarle entre sus manos agarratadas por la ira. Los obreros protegieron al señor Adrián, poniéndose entre los dos hombres, y el pobre viejo, al verse amparado, miró a Agustín con aire de lástima y murmuró:

—No seas tontaína, hombre...

—¡Maldita sea!—rugió Agustín con un nuevo gesto amenazador.

Adrián, ya sin piedad alguna, convencido de la verdad en la que él creía, dijo entonces:

—Ya que te engallas y que tú lo quieras así, ¡sea!... Ahí va la verdad, que no quería decir para no avergonzarte... ¡Si te he dado trabajo ha sido para ayudarte, sí, señor, para que te casaras con Eloísa y compensarte así de que cargaras con un chico que... que no es cosa tuya...!

Agustín se mordió los labios hasta hacer saltar sangre de ellos. Había prometido a su novia callar, callar siempre, no descubrir la verdad; pero ante el aire de satisfacción de todos los que le rodeaban, ante las palabras duras de Adrián, ante aquel espanto que se presentaba a sus ojos, no pudiendo soportar por más tiempo la mentira y el engaño, dijo:

—Pues bien... Ya que, por lo visto, tiene usted interés en saberlo... ¡venga al Registro Civil conmigo, pa que vea que ese hijo es de su mujer de usted! Así, clarito, ¡de la Irene!

—¡Mentira! ¡Canalla!—rugió a su vez el señor Adrián, palideciendo hasta la lividez.

—¡De la Irene, sí, señor!—sostenía Agustín con firmeza.

—¡De la Eloísa!—rugía el señor Adrián.

—Pues vamos al Registro Civil, a ver cuál de los dos tiene razón. ¡Yo no quiero hacer daño a nadie! Yo quiero su felicidad... pero también quiero defender la mía.

—Vamos adonde sea ahora mismo—replicó Adrián, dominándose—. Pero cuando se compruebe la verdad... ¡te levanto la tapa de los sesos!

Agustín llegó a su casa en un estado de excitación inexplicable y contó a la tía Ezequiel y a la Eloísa lo que había sucedido, suplicando quisieran acompañarle al Registro Civil para po-

der comprobar la verdad de aquel hecho que manchaba la inocencia de su novia.

Eloísa se resistía a obedecer. No quería causar la desgracia de las que la habían recogido y amparado, y cuando Agustín insistía en ir al Juzgado para poner en claro la verdad, la muchachita repetía una y otra vez:

—No, no... yo no hago eso...

—¿Qué quieres, entonces?—preguntó Agustín perdiendo la paciencia—. ¿Que la gente me mire a mí como a un sinvergüenza y un consentido... y a ti como a una cualquiera?

Esquivela, que hasta entonces había permanecido callada y que había tomado gran afecto a la Eloísa, no sólo por ser la novia de Agustín, sino porque había descubierto en aquella moza un alma pura y un corazón de oro, intervino en el asunto, tomando el partido de Agustín, y aconsejó a Eloísa:

—Sí, hija, sí, no hay más remedio. Hay que ir al Juzgado... y caiga quien salga.

—No—murmuraba Eloísa—. No, yo no voy... Yo tengo la conciencia tranquila y no quiero hacer daño a nadie.

—Mira, Eloísa—murmuró Agustín desesperado—, que si tanto te niegas me vas a hacer dudar...

—¡No, eso jamás!—exclamó Eloísa poniéndose en pie resueltamente—. Vamos donde sea...

Habíase resistido a todas las razo-

nes, a todas las súplicas, pero no podía resistir que Agustín, el Agustín de su alma y de su vida, dudara de ella, pudiera en duda su inocencia. ¡Oh, no, aquello era superior a sus fuerzas!... ¡Antes pasar por todo que por aquella espantosa amargura!

Al mismo tiempo, en casa del señor Adrián se desarrollaba una escena semejante.

También el viejo había llegado a su casa traspuesto, nervioso, excitado, y había contado a su mujer y a su suegra lo que había ocurrido en la obra con Agustín.

—No sé por qué has hecho caso de ese imbécil—murmuró Irene, queriendo disimular su emoción.

—Yo no quería hacerle caso... pero se ha puesto tan duro... Yo voy allí obligada. Quiero demostrar a ese idiota de Agustín que nosotros no volvemos la cara, porque no tenemos por qué... ¿Que demos callado por no quitarle las ilusiones con la Eloísa? Por bondad... por lástima.

—Bueno, sí... todo eso está muy bien, pero déjales a ellos que se arreglen... Si a él le interesa la verdad, que la busque. Pero ¿a qué mezclarnos nosotros en ese bochornoso asunto?—decía Marcelina, muy nerviosa, queriendo quitar de la cabeza de su yerno la idea de ir al Registro Civil a comprobar aquel hecho.

—¡No me hagas pasar por ese bo-



chorno, Adrián!—imploraba Irene, haciéndose la víctima.

—Tiene razón la chica—asentía la madre.

Tanto le dijeron, tanto le suplicaron, tan claras supieron hacerle ver las cosas, que Adrián consintió en ir solo al Juzgado, acompañado únicamente por su fiel encargado Pelegrín, que quiso acompañarle en aquel trance difícil de descubrir la verdad en el tenebroso asunto.

...

El Juzgado Municipal no presentaba precisamente un aspecto confortable: una sala grande, con muebles viejos y carcomidos, repleta de legajos; una estufa de carbón con el tubo que cruzaba toda la sala para ir a perderse en un boquete de la pared fronteriza a la mesa, y, sentado ante la mesa, con los ojos muy cerca de un gran libro, Orencio, el oficial encargado del Juzgado, trabajaba afanosamente, o lo hacía ver, con una bufanda arrollada al cuello, unas mitones en las manos, amotadas por el frío, que de vez en cuando se acercaba a la boca para soplarlas con fuerza, como si quisiera hacerlas entrar en resaca.

Hojaba el libro, leía en él con un constante mosconeo y no se percataba de las personas que entraban en el local,

como si aquella lectura tuviera para él todas las atractivos de la tierra.

Los primeros en llegar fueron el señor Adrián y Pelegrín que, después de saludar atentamente al funcionario, que no les hizo caso alguno, y de percatarse de que la parte contraria no había llegado todavía, se sentaron pacientemente, dispuestos a esperar, mientras miraban con nerviosismo al oficial que, impertérrito, seguía leyendo en el libro, siempre con el mismo mosconeo:

—¡Uuuu!... ¡uuu!... ¡uuu!...

No tardaron en llegar Agustín y Eloísa, precedidos de la Esquiela, que venía con aire rotador, y seguidos de Matías, que no perdía nunca su aire de comparsa en cuanto estaba al lado de su mujer, que era siempre la protagonista de todas las escenas.

Esquiela abrió de un empujón decidido la puerta de la sala y al ver la oscuridad que allí reinaba, troppezó y, a grandes voces, como tenía por costumbre hablar cuando quería armar alguna bronca, dijo a los que la seguían:

—Tened cuidado... que aquí no se ve un hurro... con perdón de los que me oigan... que no les veo...

Eloísa tuvo un titubeo antes de entrar, sobrecogida por un extraño miedo, pero Agustín, que la llevaba de la mano, le dijo en tono autoritario:

—¡Que entres, te digo!

—¡Amos, chica, pasa... pues no faltaba más!—añadió la Esquiela.

Aquellas voces ascaron a Orencio de su abstracción, y paró su ruidoso para murmurar:

—¡Chist!...

Entonces, los que llegaban, entraron lo más silenciosamente que les fué posible y, al observar la Ezequiela que ni Marcelina ni Irene habían acudido, dijo en voz alta a Eloísa, para animarla:

—¡Chica, no seas pánfila y no estés amilaná! Mira cómo ellas no han venido. El que no teme, no huye...

El señor Adrián, al escuchar aquellas palabras, hizo un gesto como para levantarse y replicar, pero Pelegrín le contruvo, deteniéndole por el brazo.

—¡Chist!—volvió a susurrar Orencio.

—Ponte sordina, mujer— murmuró Matías—. Nadie nos intervína... ¿Qué hacemos?

—Acércate tú y preguntale a ese tío del "¡Chist!" si nos puede despachar —replicó la Ezequiela.

Matías obedeció; se acercó al oficial y le saludó muy cortés;

—Buenas tardes...

—¡Chist!—contestó el otro automáticamente; pero dándose cuenta de que se dirigían a él, añadió, alzando los ojos: ¿Qué se le ofrece?

—¿Es usted el jeca municipal?

—No, señor.

—¿Entonces, quién es aquí el que las facilita?—preguntó Matías como si el

oficial tuviera ya que estar enterado del asunto que allí les llevaba.

—¿El que facilita qué?—preguntó Orencio de mal humor por haber sido interrumpido.

—Las /eses de nacimiento —contestó Matías—, porque venimos cuatro pa una y quisiéramos que nos despacharan.

—Pues sientese ahí y aguarde, que estoy despachando otra cosa.

Matías, ante el mal humor creciente de Orencio, se retiró con prudencia y, dirigiéndose a los suyos, dijo, remediando al oficial:

—Bueno... ¡Chist!...

—¡Pero si ahora estamos callaos!—gritó la Ezequiela hecha una furia.

—No... si el que chista soy yo, para que vengáis a sentaros —dijo Matías para calmar a su cara mitad.

—Yo no puedo... —replicó Eloísa, nerviosa, con anhelo de huir de aquel lugar que a ella se le antojaba infamante.

—A mi lao y con la frente bien alta —ordenó Ezequiela, que no sabía hablar en voz baja.

—¡Chist!... — volvió a murmurar el oficial.

—Pero, oiga usted... ¿es que hay enfermos?—preguntó Ezequiela, que comenzaba a perder la poca paciencia que Dios le había dado.

—¡Silencio!—gritó enérgicamente el oficial.

Agustín, que no era rencoroso, se creyó en el deber de saludar al señor Adrián y, antes de sentarse, dijo, dirigiéndose a él:

—Buenas tardes.

—¡Buenas... o como sean... allá lo veremos, pollo! —contestó Adrián de mal talante.

—Pa nosotros buenas—replicó Ezequiel, que no se amilanaba.

—Eso ya lo veremos—intervino Pelegrín, adoptando el partido de su amo.

—A este tipo le rompo yo las narices—dijo Matías, dándoselas de matón.

—¡Le ruego a usted compostura! —gritó el oficial.

—¡Pero si aun no se las he rotol —afirmó Matías, muy serio.

—Bueno, pues ustedes dirán —dijo por fin el oficial, cerrando el libro y disponiéndose a escuchar a los que esperaban.

Entonces se lanzaron todos a hablar a un tiempo y se armó tal galimatías que el pobre Orencio se llevó las manos a los oídos y dijo:

—¡Chist!... ¡Que hable uno sólo!

—Pues aquí, de lo que se trata, ¿sabe usted...?—dijo la Ezequiel, que fue quien tomó la palabra, como era natural—, es de tatar la boca a más de cuatro que hablan y tienen por qué callar y que no han venido.

—Eas que no han venido son más decentes que algunas desagradecidas

que están aquí—intervino Adrián que ya no podía contenerse.

—¿Qué dice usted?—protestó Eloisa sintiendo en su rostro el rubor de la indignación.

Volviéron a alzarse en torno a la mesa todas las voces a un tiempo en son de protesta, de ira, de rencor, de defensa, de insulto; pero el oficial impuso de nuevo silencio y Agustín pudo decir:

—Señor Adrián, menos gritos y que hablan los documentos.

Adrián sacó un papel del bolsillo, en que constaba la fecha de inscripción del niño, y lo entregó al oficial.

—Año mil novecientos... —leyó el oficial—. Septiembre... Eso debe estar en el tomo veintidós... ¿El niño se llama...?

—Antonio—contestó Pelegrín.

Orencio fué consultando el libro en tanto murmuraba en voz alta los nombres que iba leyendo:

—Pedra... Ambrosio... Elena. ¡Aquí, aquí no está!—dijo, yendo a buscar otro tomo—. Ramón... Benito... Andrés, ¡Uuu, uuu, uuu!

—Haga usted el favor, que estamos que nas ahogamos, ¡caramba!—exclamó Ezequiel congestionada.

—Quince septiembre... ¡Uuu... uuu!

Todos estaban con la respiración en suspenso, escuchando al oficial, que seguía con la nariz pegada al gran libro registro, y que iba murmurando:



—¡Aquí le tenemos! El día... etc... de mí, etc... ¡Uuu... uuu! Antonio, Zacarías, Marcelino... hijo natural de... Eloísa Martínez...

A Eloísa le pareció que el mundo se desquiciaba a sus pies. Sintió como si le arrancaran la vida, como si todo en torno suyo no fuera más que un caos. ¿Era posible llegar a tal infamia! No se habían contentado con calumniarla, con cargar sobre sus hombros el peso de aquella culpa que ella no cometiera, sino que habían llegado al colmo del cinismo inscribiendo al niño como hijo suyo, borrando así toda huella que pudiera delatarla, haciéndola responsable a ella, pobre chiquilla indefensa, de aquel hecho delictivo, deshonesto, que arruinaba para siempre su felicidad, ¡su vida toda!

—¿Qué... dónde... cómo?—preguntó Agustín, lleno de asombro y vergüenza, sin querer dar crédito a lo que había oído.

—¡Pero qué ha dicho usted!—gritó la Ezequiel, que no sabía qué partido tomar.

—He leído lo que aquí dice—afirmó el oficial, sin comprender la trascendencia de sus palabras.

Agustín quiso leer con sus propios ojos la inscripción y, después que se hubo convencido de aquella verdad irrefutable, miró con el rostro descompuesto a Eloísa, que estaba pálida co-

mo una muerta y que no lograba reaccionar de su asombro doloroso.

—¿Lo ves tú, so bocón?—dijo el señor Adrián con aire de triunfo, dirigiéndose a Agustín—. No te doy así ahora mismo por respeto al lugar—añadió, amenazándole con el dorso de la mano. Y, dirigiéndose a Eloísa, le dijo: Bien ingratamente querías pagar la caridad que te hicieron...

—Ya sabe usted ahora quién es la que tiene que callar—comentó el señor Adrián que no cabía en sí de gozo. Y dirigiéndose a Pelegrín, añadió: Vámonos, tú...

Y con aire arrogante, de desafío, de triunfador, salió de la sala del Juzgado.

Eloísa, en aquel momento, sintió que sus nervios se rompían, y ocultando el rostro entre sus manos, lanzó un sollozo hondo, desesperado, terrible, que parecía el quejido de una fiera herida en sus fibras más sensibles.

—¡Qué infamia. Dios mío, qué infamia!—sollozaba la pobre criatura—. ¡Yo no puedo más! ¡Me ahoga de pena! ¡Qué infamia! ¡Qué infamia!...

Matías se acercó a ella compadecido y murmuró, cogiéndola del brazo:

—¡Pobre Eloísa!

—Pero, Eloísa, ¿qué ha sido esto?—preguntó la Ezequiel.

—¡Me mueren, Dios mío, me mueren!—seguida sollozando la desdichada.

—¡De vergüenza debías morirte!—

rugió Agustín—. ¡Y para esto me has hecho venir? ¡Para esto!...

—¡Agustín, por Dios, yo te ruego!... —comenzó a decir Eloísa haciendo un esfuerzo por hablar entre sus lágrimas y sus sollozos.

—Podías haberme ahorrado ese bochorno... Pero, déjalo... ¡tú tendrás el pago! —murmuró Agustín, tomando una decisión y saliendo del Juguila dando un terrible portazo, lleno de ira, de dolor, de angustia, de vergüenza.

—¡Soy inocente, Agustín, soy inocente! ¡Te lo juro! —gritó Eloísa con un grito que le salía del alma.

Pero él ya no la oyó, porque como un loco se había lanzado a la calle. Eloísa se abrazó a la Exequiela y allí, en aquel regazo noble, fuerte, batallador, decidido, desahogó toda su pena.

—Pero, criatura, di la verdad... di qué te ha pasado —suplicaba la buena mujer, que ya comenzaba a sentir que las lágrimas le subían a los ojos.

—Señora Exequiela... ¡Le juro que soy inocente!

Y había tal vibración de verdad en aquellas palabras, que la Exequiela, acariciando aquella cabecita vencida por el dolor, murmuró con infinita ternura:

—Sí, sí, te creo. ¡Esto es un crimen! ¡Una infamia!

—¡Dios mío! ¡Madre mía! —gimió Eloísa, poniendo toda su alma en aque-

lla invocación infantil llamando a su madre en su socorro.

La Exequiela sintió que sus entrañas se removían y volvió a sentirse con fuerzas bastantes para luchar con toda la humanidad si era preciso para defender a aquella chiquilla a la que quería como a una hija, exclamando con aquel acento que hacía temblar a su marido:

—¡Yo te vengaré o dejo de ser quien soy! ¡Las arrastro, a esas portas! ¡Criminales! ¡Cada uno de ellos pagará su infamia! —y ya se goraba ante la perspectiva de aquella lucha que se presentaba ante ella.

—¡Silencio! —gritó el oficial.

—¡No me da la gana! —replicó Exequiela con aire de guerra.

—¡Le digo que no grite usted! —ordenó el oficial, furioso.

Pero la Exequiela, que estaba más furiosa todavía y que en aquel momento no hubiera obedecido ni al Presidente del Tribunal Supremo, replicó:

—¡Quiero gritar y grito... porque me da la gana y porque tengo razón! ¡Vamos! —ordenó a Eloísa y a Matías que, ante el gesto imperioso de su mujer, obedeció como el más sumiso y más dulce de todos los cuerderillos, al tiempo que el oficial, al querer levantarse para imponer orden, derribada apacatosamente su mesa y la estufa... y se caía con todo el equipo...

\* \* \*

Ezequiel dispuso su plan de ataque.

Como buen estratega pensó que lo primordial era conocer los movimientos del enemigo y montó un servicio de espionaje ante la casa en que vivía el señor Adrián con su mujer y su suegra.

No tenía Ezequiel gran confianza en la sagacidad y perspicacia de su marido, pero como tampoco tenía de quién echar mano, se sirvió de él para aquel menester delicado, instalándole un puesto de castañas en la esquina de la calle, en el que Matías, ante el hornillo, resguardadas sus espaldas por la garita de madera que era un liviano refugio contra el frío y que a la vez servía de depósito de existencias, mientras daba vueltas a las castañas, podía vigilar a todas horas la puerta del enemigo.

Matías encontraba denigrante y vergonzoso ejercer aquel humilde menester de vendedor de castañas, él que siempre había rehuido el trabajo por considerarlo incompatible con la dignidad humana; pero se había sometido ante la parentescidad del caso y por cariño a la Eloísa... También porque cerca del puesto había una modesta taberna en la que podía solazarse cuando los ingresos del negocio permitían ir a calentar el varnate con una copita de ron o de aguardiente.

Cumplía el hombre lo más eficientemente posible la misión que su esposa le había confiado y, aunque no era un gran vendedor, sabía observar bien...

sobre todo cuando pasaba una mujer bonita ante el puesto y se paraba a pedir una *perro gordo de calentitas*...

Calentándose las manos en el hornillo, soplándolas con sus labios para hacerlas entrar en reacción, porque el invierno era de los muy crudos en aquel Madrid helado, gritaba Matías de vez en cuando el grito clásico de los castañeros:

—¡Cuántas, cuántas, calentitas! ¡Recién asés!...

De pronto, su mirada adquirió un brillo inusitado, se le asomó la alegría a los ojos y adoptó aquel aire de chulo que tanto le favorecía cuando no estaba delante de la Ezequiel.

Calle abajo, repiqueteando el suelo con sus tacones, como si todas las campanas se hubieran echado a tocar a gloria, venía la Balbina, contoneándose provocativa, y, al pasar junto a la garita de castañas, dijo, haciéndose un poco la indiferente:

—¡Adiós, señor Matías! ¿Cuántas da usted por diecito?

—Son cinco, pero a ti te sirvo yo de balde y a dos manos, si conviene. ¿Te hace?—replicó Matías mirándola de un modo que decía bien a las claras que quería darle achares.

—Bueno, a este precio...—aceptó la Balbina sonriendo con una coquetería que le hubiera envidiado la más experta de las ingenuas de teatro—. Guár-



dencias usté, que voy por un reñado y luego vuelvo por ellas.

—Aquí las tendrás, salada.

—Pues hasta ahora—replicó Balbina, siguiendo su marcha después de haber hecho un gesto zalamero y gracioso a su maduro galanteador que la siguió ávido hasta que se perdió en la primera esquina.

Y Saturiano, que llegaba en aquel momento a hacer una visita a su amigo, se quedó también mirando con arrobo a la chica, y suspiró con aires de conquistador:

—¡Olé por la flor de las Vistillas!

—Haz el favor de no meterte con mis amistades... que pierdes el tiempo—corrigió Matías con un aire de superioridad y de importancia que daba miedo.

—El que pierde el tiempo eres tú.

—¿Yo?—inquirió Matías, engallándose todavía más.

—Sí, tú... porque acaba de entrar cierta persona en casa de la Irene y tú no te has enterado.

—¡Y a mí qué!—contestó displicente el vendedor de castañas—. La Esquiela me ha puesto aquí para vigilar la casa. ¡A mí qué me importa que entren o salgan! ¡Mientras no se vaya la casa... yo tan fresco!—afirmó Matías, encogiéndose de hombros como queriendo demostrar que él estaba a cien tocos de aquellas pequeñeces.

Saturiano pensó que acaso perturbaran el cerebro de Matías las frecuentes

visitas a la taberna vecina; pero no se sabe si en aquel momento cruzó por la imaginación de los dos compadres la imagen de la Esquiela, pues lo cierto es que ambos se quedaron mirando fijamente la casa del señor Adrián para no perder de vista a aquella persona que en ella había entrado, caso de que volviera a salir, como era muy probable.

Desde el día en que tuvo lugar la bochornosa escena en el Juzgado Municipal, el señor Adrián había observado en su mujer y en su suegra actitudes extrañas, conversaciones misteriosas, cambios bruscos de carácter, en fin, una serie de pequeñas menudencias que habían puesto al hombre en vilo, despertando en él sospechas que no se atrevía a confesar-se a sí mismo, pero que, pasadas unas semanas y convencido de que algo le ocultaban las dos mujeres, se decidió a depositar en su fiel amigo Pelegrín.

Le contó lo que venía observando desde hacía tiempo, le dijo sus temores, le expuso sus dudas, y concluyó afirmando:

—Esta es la verdad, Pelegrín, la pura verdad. Esta casa no es la misma desde entonces. Lo que antes todo era alegría, franquera, buen humor, es ahora disimulo, falsedad, tristeza... Mi suegra tiene pocas ganas de hablar, ¡ella que no callaba la boca en todo el día! Mi mujer está intranquila, nerviosa, malhumorada... y las dos andan siempre por

los rincones en eternos cuchicheos de los que no me hacen partícipe.

—¿Y qué sospechas?—preguntó Peligrin, que no quería darse por enterado de lo que su amigo quería insinuarle.

—No sé... pero lo sabré, te juro que lo sabré. Tengo tomadas mis medidas. Conque márchate tú a jugar al nús y déjame a mí, que estoy empeñado en una partida más interesante y más difícil.

Adrián vio partir a su amigo y se quedó pensativo, ausente, meditando el plan de espionaje que también él, por su parte, quería montar.

Efectivamente, Marcelina y su hija habían cambiado mucho desde la tarde fatal en que sin ellas, por habérselo ellas suplicado así, había acudido al Juzgado Municipal el señor Adrián y había vuelto de allí contento, feliz, explicándoles la escena que se había desarrollado y el desconsuelo de la Eloísa al escuchar la verdad y las protestas de inocencia que había hecho la muy hipócrita.

El remordimiento, desde aquel día, no las había dejado sosegar ni un instante. Tenían sobre su conciencia el peso terrible de una calumnia que había deshecho la felicidad y robado la honra a una chiquilla inocente y buena, a la que sólo favores debían y que había sabido callar el terrible secreto soportando con paciencia la maldad de

las gentes que murmuraban en voz baja, pero que —¿y cómo podía ser de otro modo?— no había podido resistir el golpe duro de verse humillada, deshonrada, vilipendiada ante el hombre amado, y entonces comprendieron, madre e hija, que todo el lujo que las rodeaba era nada más que la aureola de su infamia, de su oprobio, de su vergüenza, y que habían pagado aquel bienestar material jugándose a una sola carta la tranquilidad de su espíritu.

Irene, sintiendo despertar en ella cada vez con más fuerza sus instintos maternales, se empeñó en ir a visitar a su hijo al barrio de las Cambróneras.

Fueron las dos, llenas de recelos y de temores. Tenían miedo. Temían, no sin razón, que Eloísa y Exequiela se tomaran la venganza por su propia mano, y hubieran desado poder marchar por Madrid como espíritus, sin ser vistas por nadie.

A cada paso volvía Irene la cabeza, murmurando:

—Madre, estoy segura de que nos siguen... de que nos espían...

—No tengas miedo, mujer, yo no veo a nadie—replicaba Marcelina, que no las tenía tampoco todas consigo.

—Tengo miedo de todo... ¡hasta del aire que respiro! Temo cualquier cosa de la Exequiela—insistía Irene.

—¿Y qué van a hacer?

—No sé, madre... no sé...

Ya de vuelta de aquella visita elan-



destina, cuando subían la escalera, como la carne se le ponía de gallina ante su casa y se creían al abrigo de toda inquisición, Marcelina murmuró, dando un hondo suspiro:

—¡Cuántas angustias, hija! Y todo ha sido por ti... por tu felicidad.

—Sí, madre, lo comprendo. ¡Pero ya ve usted qué felicidad me ha dado! Remordimientos, sobresaltos, temores, soledades... Mañana mismo sacamos al chico de donde está, pase lo que pase. ¡No quiero que me lo roben!

Irene no se equivocaba en sus temores. En aquel viaje clandestino habían sido seguidas de cerca por la Ezequielita que, aunque tenía destacado a su marido, trabajaba ella afanosamente por su cuenta, no fiándose de las dotes de espía de su conyuge.

Las siguió hasta el barrio de las Cambreras y volvió con ellas hasta su casa para convencerse de que no iban a ningún sitio más, y cuando las vió desaparecer en el portal, corrió al puesto de castañas y dijo a Matías con mucho sigilo:

—¡Ya sé dónde tienen escondido al chico!

—¿Sí? ¿Dónde?

—En las afueras, en casa de unos gitanos.

—¿Y qué máquinas ahora?

—¿Qué voy a maquinar? ¡Que mañana nos apoderamos de la criatura!

—¿Nosotros? ¿Con qué derecho?—preguntó Matías que había sentido co-

la resolución irrevocable de su mujer.

—¡Cómo con qué derecho! ¡Con todas las de la ley! ¿No está inscrito como hijo de la Eloísa? Pues con todos los documentos en regla nos lo llevamos pa quererlo y pa cuidarlo...

—¡Qué alma más grande tienes, Ezequielita!—exclamó Matías sinceramente emocionada.

—Bueno, basta de pitopos y vamos a lo práctico—dijo la Ezequielita, que no era amiga de admiraciones ni de remilgos—. ¿Qué has hecho de venta?

—¿De venta?—preguntó Matías, que se vió venir encima la turbonada—. Pues verás... te voy a liquidar. Cuando te fuiste tenía una existencia de tres pesetas y dos reales en pernas chicas pa vueltas. Pues bueno, quitando una cajetilla que me he comprado y una copa de anís que me he comido... y otra copa de ron que... bueno, pues resta un total de cinco céntimos y la existencia...

—¡No!—vociferó la Ezequielita hecha una furia—. Te quedan ná más los cinco céntimos, porque la existencia te la quito yo de una bofetá... ¡So ladrón!

Y acompañando la acción a la palabra descargó en Matías un terrible golpe que éste logró evadir.

—Ezequielita, por Dios, no te arremolines. Hazme el balance si quieres.

—¡Una saga pa ahorcarte es lo que te voy a hacer! ¡Sinvergüenza!



Para acabar de complicar la situación llegó en aquel momento la Balbina que no se fijó en que allí estaba Ezequiela y, dirigiéndose con mucha zalamería al asustado Matías, le dijo:

—Ya estoy aquí, rumbozo. Vengo a por las castañas que me ha dicho usted que me regalaba.

Y al darse cuenta de que había otra persona junto a ella, añadió:

—¿Pero no me había fijao! Acabe usted con la parroquia, que yo no tengo prisa.

—Puede usted seguir. Yo no me corto aquí—contestó Ezequiela con una mirada de basilisco que hubiera asustado al más valiente.

Balbina no se fijó en la mirada, pero sí se dio cuenta del aire de pasmado que tenía el castaño, y le preguntó con gracia:

—¿S'ha quedao usted de piedra?—dijo, mientras cogía un puñado de castañas—. Parece que le ha dao a usted un parálisis; pero yo cojo castañas, ¿oye? Este puñado pa mi sobrina... y éste pa una tía mía que m'ha dao un abrazo para usted...

—¿Tió usted más familia, joven?—preguntó la Ezequiela, que ya no podía más con su ira.

—Mi abuelita—contestó la otra con desparpajo y chunga.

—Pues pa su abuela llévase usted recuerdos... porque castañas no toca ni una más.

—Vaya por Dios. ¡Gracias, pollito!—murmuró Balbina, marchándose con su tacones incitante.

Ezequiela arremetió entonces contra su esposo y le propinó tantos golpes y portazos, tal elocuencia de impropiedades, tal avalancha de insultos, que a Matías no le quedaba tiempo ni de escuchar todas las palabras que le decía su costilla ni de recibir todos los golpes que le propinaba, y cuando ésta estuvo bien resarcida, de un empuellón derribó el puesto de castañas sobre Matías y dijo, sentándose sobre las ruinas, triunfalmente:

—¡Cerrao por defunción!

\* \* \*

El patio de la casa de vecindad del barrio de las Cambioneras era, en efecto, un amasijo de gitanos.

Aquella tarde, el tío Zuro, gitano con más martingalas y trapacerías que años, contemplaba melancólicamente la cabeza de un viejo rucio, sucio, famélico, sin pelambre, que asomaba a través de una de las puertas que daban al patio.

—¡Pepiyo!... ¡Pepiyo!—gritó Zuro, de pronto, como si acabara de tener una feliz idea.

—¿Qué camela usted, tío Zuro?

—Coge a ese rucio y píntalo a escape de otro coló.

—¿Qué para?

—Que Juan Antonio les ha chivao o

los sevile que tú lo habías afanado anti-  
ayé a un verdulero.

—¡Mi mare!—exclamó Pepiyo asus-  
tado.

—Hay que venderlo, aunque sea ná  
más que por un reá.

—Sensi... voy a arisar ar Niño Bo-  
nito que viene los seviles...

En aquel momento entró en el patio  
el pobre Matías con cara de tonto, con  
un soberbio chichón en la frente y un  
ojo amoratado, pruebas fidedignas del  
carño con que le trataba su esposa, mi-  
rando receloso a todas partes, como si  
temiera una emboscada.

—Buenas tardes, amigo—dijo a Zuro  
para congraciarse con él.

—Buenas—replicó Zuro, y se dijo  
para su colete: "Ese gachó tié cara de  
payo". ¿Qué se le ofrese?—preguntó  
en voz alta.

—Pues deseaba saber si vive aquí la  
señá Castora... "La Churrera".

—¿"La Churrera"?—preguntó Zuro,  
y volvió a decirse a sí mismo: "No sé  
quién es, pero ese payo se yeva el bu-  
rro".

Y dijo a Matías, tras un breve silen-  
cio:

—¿Caye usté, claro que sí que vive  
aquí! ¡No l'han engañao! Pero aguarde  
osté... ahora que arreparo. Osté tié que  
ser a la juersa er cuñado de la Cola-  
stra, ¿no?

Y al mismo tiempo que preguntaba  
aquello sacaba una navaja de muelles

que abrió de un solo golpe haciendo  
un ruido muy poco tranquilizador.

¡Repollo!—exclamó Matías dando  
un paso atrás.

—No t'asuste usté, hombre, que es  
pa picá—dijo Zuro, comenzando a pi-  
nar una tagarnina.

—¡Caray, pues parece para dar una  
puntilla!—murmuró Matías, pálido de  
miedo.

El gitano se acercó mucho a él ac-  
cionando de manera exagerada con la  
navaja en la mano, mientras le iba di-  
ciendo:

—Zí, home, esté víe por el rucio... y  
hasta que sea cosa de la Colastra... está  
osté servío... ¡Niño Bonito!—gritó Zo-  
ro, llamando.

—A servi—contestó prontamente otro  
gitano, más horrible que un pecado  
mortal, presentándose al momento.

—¡Rechufa, qué estampa!—exclamó  
Matías al ver a aquel aborto del infer-  
no. ¿Quién es ése?

—Er Niño Bonito — contestó grave-  
mente Zuro.

—¿Qué t'ofrese?—preguntó el Niño.

—Aquí el andova que quíe chamuyé  
contigo del rucio.

—¿Por no l'he dicho a osté que no  
quiero venderlo?

—Pero sí es que viene de parte de la  
Colastra y no la vae a desairá—insistió  
Zuro.

—¡Hagan ostén lo que quieran! —  
murmuró el Niño Bonito, borando con

una cara de todos los demonios—. ¡Mardita esa! Que x'han de x'ali siempre con la zuya...

—Pero, hombre, no darle al Niño ese disgusto, que ya sentiría...—se atrevió a murmurar Matías.

—¡Ná, que er rocío es d'osté!— afirmó Zuro, poniendo en manos de Matías el rosal.

—¿Mio? Pero ¿para qué quiero yo esa bandarria?—preguntó Matías sin comprender nada de todo aquel lío.

—No menosprecie esa joya... porque aquí hay una esabORIZIÓN—protestó el Niño Bonito.

—¿Pero qué haga yo con este trasto?

—¡Que no lo menosprecie, en! ¡Dé osté lo que quiera por él!—insistió el tío Zuro.

—Yo no doy nada. ¡Si no me conviene el pollino!

—Soná... ¿qué yeva osté ensima?

—Nada, si sólo creo que llevo mis pesetas—replicó Matías, cayendo en la trampa.

Y sacó el dinero para mostrar lo poquisimo que llevaba en el bolsillo. Zuro echó rápido mano al dinero y dijo, cerrando el trato:

—Ná, cosa hecha; de osté es—y sin esperar más los gitanos dejaron solo a Matías, con el rocío de la mano.

Quedóse el hombre mirando al asno que le contemplaba filosóficamente, y murmuró:

—Nada, que me lo han encajan. ¿Y

qué hago yo con este cuarto kilo de majama? ¿Se desarmará?—se preguntó, mirando intranquilo aquel amazón de huesos montado dentro de una piel de asno.

Le sacó de su abstracción un nutrido grupo de gitanos, hombres y mujeres, que llegaban en aquel momento y que, haciendo caso omiso del atribulado Matías, armaron en pocos momentos una animadísima zambra.

Una de las mozas, guapo tipo de su raza, comenzó a bailar con alero al son de una guitarra rasgueada por las manos hábiles de un moso, y otra gitaniña se puso a cantar al mismo tiempo:

Baila farroca,  
baila que te baila,  
que te canto yo.  
Muy pronto has empezado a ve  
lo muchito que hace padecer  
el cariño a las mujeres,  
y ya ves cuánto se quiere.  
Lo que un desengaño hiere  
y que se mata y se muere  
por un queré...  
la... la  
la... la  
baila, chigatya,  
que un queré no vale  
lo que mi corazón...  
Baila farroca,  
baila que te baila,  
que te canto yo...  
Arriba el limón,  
abajo la oliva  
abajo la oliva  
y arriba el limón...  
limonada de mi vida,  
limonada de mi amor.  
Arriba el limón,  
abajo la oliva  
abajo la oliva  
y arriba el limón.



Una estruendosa ovación coronó la labor de los gitanos, mientras Matías, que se debatía en un mundo de extrañeza, escuchaba la canción, admiraba el baile y veía, al mismo tiempo, cruzar el patio presurosas y queriendo pasar inadvertidas, a Irene y Marcelina, que entraron en la casa de la "Quemá".

No había tenido tiempo de reponerse de su asombro cuando llegó la Ezequiela acompañada de Agustín, pisando los talones a las otras dos mujeres, y que al ver a Matías teniendo al barro del ronzal, se precipitó a él preguntándole:

—¿Pero qué es eso?

—Una adquisición.

—¿De dónde has sacado esta badila?

—Pues ná, cosas de la Colastra — explicó Matías aturridamente—. Que vine... que salieron esos y me dijeron que si pringaba, chamuyase de la peripécia, chiquelando soná...

—¿Y tú eso qué quiere decir?— preguntó la Ezequiela mirando con asusto a su marido.

—Na... que son veinticuatro reales y que el burro es tuyo...

—¿Pero no tengo bastante contigo, recondenao?— gritó Ezequiela.

—Así tiene usted un tronco— comentó Agustín irónico, volviendo a su buen humor al ver que los pronósticos que su tía le había hecho iban resultando verdad.

—Deja esa telaraña y dínos lo que nos interesa. ¿Qué has observado?—pre-

guntó Ezequiela, que como venía para asunto de mucha importancia no tenía tiempo de descargar su ira contra su marido.

—Acaban de llegar la Irene y su madre y se han metido por aquella puerta—indicó Matías con aire misterioso.

—¡Porra, qué complicación! ¡Pero no importa! Así aclararemos la verdad más pronto.

Y decidida, con aquel aire de desafío y de poder que adoptaba cuando iba a llevar a cabo una de sus resoluciones, la Ezequiela esperó a que salieran Marcelina e Irene de casa de la "Quemá", y al verlas se plantó delante de ellas y les dijo:

—Buenas tardes.

Irene y Marcelina retrocedieron asustadas ante aquella mujer, y Marcelina, que llevaba en brazos al pequeño, preguntó casi sin voz:

—¿Qué quiere usted?

—¿A qué viene usted aquí?— preguntó casi al mismo tiempo Irene, que amparó con su persona al niño.

—Calma—contestó la Ezequiela con mucho sosiego—. No se asusten ustedes. Vengo a dos cosas: a darles las gracias por querer amparar a una criatura que no es de ustedes y a decirles... que ya no hace falta, porque Dios le ha tocado el corazón a su madre y ella lo reclama...

—¡Socia Ezequiela! — gimió Irene, mirando con pavor a aquella mujer—

¡No me atormente usted, que bien sabe que el niño es mío!

—¡Mentira!—rugió Ezequiela indignada—. ¡Mentira! ¡Tú no eres su madre! La que cuando se ve en peligro abandona un pedazo de sus entrañas... ¡no es más que una infame! La que le abra los brazos y le cuida y le calienta en su seno... ¡esa es una madre!

—¡Señá Ezequiela, por caridad!—imploró Irene, llorosa.

—¡Usted no sabe lo que dice!—afirmó Marcelina, disponiéndose a defender a su hija y a su nieto.

Ezequiela soltó una carcajada de risa y de pena al mismo tiempo, y le preguntó, poniendo los brazos en jarra con desgarro:

—¿En qué quedamos?... Aquí están unos papeles que cuentan... y estos papeles dicen que la madre de este niño es la Eloísa. Conque vamos a ponernos de acuerdo, pa que el angelito sepa en qué brazos ha de volarse...

—De acuerdo ya estamos—contestó Marcelina apretando más al niño contra su seno, y tratando de salir al patio.

—Pues si estamos de acuerdo, venga el niño—dijo Ezequiela interponiéndose ante la puerta para que no pudieran escapar.

—¡Nunca!—gritó Irene tomando en sus brazos al hijo de su vida y defendiéndolo con toda su bravura de madre. —¡Nunca! ¡Traiga usted a mi hijo, madre, lo quiero para mí, que encuentre

en mi pecho todo el calor que hasta ahora le he negado... La Ezequiela tiene razón. ¡He sido una infame! ¡Pero todo se acabó! ¡Ya nada me asusta, porque tengo a mi hijo! Ni el escándalo, ni la miseria, ni la deshonra, nada me da miedo, porque tengo a mi hijo!... ¡Mi hijo!... ¡Nadie me lo podrá arrebatarse, nadie! Y usted, señora Ezequiela, si tiene corazón, ¡tenga lástima de mí!

Irene rompió a llorar con un amargo llanto mientras besaba al niño y lo estrechaba con fuerza sobre su pecho.

La Ezequiela hizo unos pucheros, se acercó a Irene, la acarició y le dijo, haciendo un esfuerzo para no romper en llanto:

—Bueno, no llores, mujer. Si ya sé que tú no eres la mala. Tú has sido una chiquilla cegá por los malos consejos. ¡La culpa la tié esa perra de madre que la voy a coger ahora mismo... mardita sea... y la voy a...!—rugió, encarándose con Marcelina.

—Sí, señora Ezequiela, tiene usted razón—replicó Marcelina, llorando a su vez con sinceras lágrimas de arrepentimiento—. Yo soy la culpable de todo. Me cegó el cariño, y para quitarle de encima el mal a un hijo, una madre lo haría todo en el mundo... Insúlteme usted, pégueme usted, lo merezco; pégueme... pégueme...

Ezequiela hacía unas muecas terribles por contener los sollozos que se le agolpaban en la garganta, y como no quería



llorar, adoptó el sistema de gritar y chilló con todas sus fuerzas:

—¡Pues no me da la gana, ea! ¡Yo no pego a nadie! ¡Y no me hagan ustedes llorar, que la culpa es mía, que no tengo carácter pa ná, y me debieran arrancar el moño y darme así y así!—y ella misma se abofeteaba, arrepentida de haber causado aquella pena a las dos infelices que estaban ante ella llorando como dos magdalenas.

—Ezequiela, por Dios—imploró Matías—. No te pegues contigo... que no voy a poder separarte de ti misma.

—¡Quitate de en medio, berrotas, que la culpa la tées tú de tól!—arremetió furiosa la Ezequiela al oír la voz de su marido.

En aquel momento resonó en la estancia la voz clara y un poco alterada del señor Adrián, que dijo:

—Buenas tardes.

Y con aquellas solas palabras impuso un silencio de muerte entre los presentes.

Un rayo que hubiera caído entonces no hubiera hecho el efecto que produjo la presencia del señor Adrián en aquel momento. Irene y Marcelina estaban lívidas y temblaban de vergüenza y de pena. Nadie se atrevía a romper aquel silencio pesado, trágico.

La Ezequiela, al cabo de un tiempo, se sobrepuso a sí misma y murmuró:

—Pues ná, señor Adrián... a usted le chocará vernos aquí reunidos, pero la

cosa es como es. Ya sabe usted que la cuestión del chico era la que... Y el chico ha resultado que...

—Oye, no vayas a decir que es tuyo, que me pongas en ridículo—le sugirió Matías por lo bajo.

—Señora Ezequiela, no se moleste usted en querer explicar lo que ya está explicado—murmuró Adrián lanzando a Irene una mirada de reproche y de dolor.

—¡Adrián!—gimió Irene bajando la cabeza y sin fuerzas para cruzar su mirada con la de su marido.

—Me habéis engañado—dijo Adrián con un aire en el que había más dolor que enojo—. Es una mala acción que si yo no fuera un hombre de bien, cansado ya de batallar con la vida, vengaría ahora mismo. Pero más engañado que yo han sido ustedes mismas, ya que la verdad dicha a tiempo nos hubiera hecho a todos menos daño... porque entonces habría tenido que perdonar solamente tu falta... y ahora tengo que perdonar tu falta y tu deslealtad, y ésa no puede perdonártela, porque no la he merecido. ¡Mal has pagado el querer que te tengo, Irene!

Y sin más comentario, Adrián salió de aquella casa, llevando en su alma toda la amargura de su gran desdicha.

—¡Lo ve usted!—exclamó Marcelina encarándose con Ezequiela—. ¡Usted ha sido la culpable de nuestra perdición!



—¡Calle, madre!—la atajó Irene.—  
¡Es mi castigo! ¡Lo merezco! ¡Todavía  
merezco mucho más, si he de pagar la  
infamia que he cometido con ese hom-  
bre, con mi hijo... y con la infeliz Eloí-  
sa!...

Ezequiela contempló un momento a  
aquellas dos desdichadas, y sintiendo  
que su corazón se llenaba de ternura,  
exclamó a su vez:

—¿Y se van a quedar estas pobres  
mujeres desamparadas? ¡No, no, no y no!  
¡Primero me aspan! ¡Yo lo arreglaré!  
¡Ese hombre te quiere... se ha ido ape-  
nao! Volverá, confía en mí... volverá...

Y agarrando de una mano a su ma-  
rido salió corriendo al patio. Incon-  
scientemente, Matías tomó el ronzal pri-  
mario que le vino a mano y salió tras su  
costilla, arrastrando trabajosamente el  
animal que le iba siguiendo.

—¡Pero, mujer, que siempre te tienes  
que estar metiendo en lo que no te im-  
porta!—dijo a su mujer, siguiéndola.

—¿Que no me importa? ¡Calla, so  
tarugo! ¡El bien de los demás le debe  
importar a todo el mundo! ¡Y al que  
no le importe, que se muera!

Matías siguió tirando del ronzal, y  
sintiendo que el animal no le seguía,  
volvió la cabeza y dió un grito de es-  
panto: había cogido a un oso que ca-  
minaba tras él levantado sobre sus pa-  
tas traseras.

También la Ezequiela dió un grito de  
espanto al ver al enorme animal, y los

dos salieron corriendo dejando al oso de  
los gitanos abandonado a su propia  
suerte.

\* \* \*

Agustín había corrido a su casa en  
busca de la Eloísa para pedirle per-  
dón por su duda, por el daño que le  
había hecho, por haber creído en la  
calumnia urdida en torno a su inocen-  
cia.

La encontró arrodillada ante la ca-  
mita del niño de la Ezequiela, enseñán-  
dole a rezar una oración llena de ter-  
nura infantil.

—¡Eloísa! —gritó el mozo con una  
alegría en la voz que reflejaba toda la  
dicha de su alma.

—¡Agustín!—contestó la chica po-  
niéndose en pie y refugiándose en aque-  
llos brazos que se le abrían para pro-  
tegerla y amarla.—¿Qué ha pasado?  
¿Y la pobre Irene?—preguntó, cuando  
pudo dominar un poco su gran emo-  
ción.

—No te preocupes por ella. Tía Eze-  
quiela le ha prometido arreglarlo todo  
antes del día de su santo.

—¡Si es pasado mañana!—exclamó  
Eloísa, dudando de que pudiera ser ver-  
dad.

—Sí, Eloísa, pero tía Ezequiela ac-  
túa al galope. ¿No te has dado cuenta?

Volvieron a unirse los dos en estre-  
cho abrazo y contemplaron al niño que

se había quedado dormido; sin duda los dos soñaron por un momento en el propio hijo, en ese hijo en el que se sucía su mucho antes de haber hallado en la vida al compañero o la compañera que ha de colaborar en la obra más maravillosa de la creación.

\* \* \*

Dos eran las características esenciales de la Ezequiel: la gran bondad de su corazón y su testarudez. Y cuando obraba al impulso de ambos no había empresa que se le resistiera.

Antes de transcurridas veinticuatro horas después de los acontecimientos que quedan reseñados, ya se había enfrentado con el señor Adrián, que se negaba a recibirla, pero que no tuvo más remedio que escucharla.

—Le pido a usted, por la memoria de su madre, que la perdone—imploraba la buena mujer—. ¡La Irene no es mala!

Y como no supiera de qué modo continuar, le dijo por lo bajo a su marido, que la había acompañado allí:

—Ayuda, hombre...

Viendo que Matías se callaba, siguió diciendo:

—Además, le juro a usted por la memoria de mi madre, que la Irene le quiere a usted.

—No se moleste, señora Ezequiel, me han engañado cruelmente.

—Pero le han engañado sin querer... No hunda usted en la desgracia a una pobre mujer. Aparte de que piense usted que "lo que no ha sido en tu año no ha sido en tu daño" y "que agua pasada no mueve molino"...

—Y que "en agosto frío en el rostro"—añadió Matías.

—¿Pero qué está diciendo, sin sentido?—le atajó Ezequiel.

—¡Mujer, es el único refrán que sé!—se disculpó el hombre.

—¿Pero usted a qué ha venido aquí?—inquirió Adrián con mal humor dirigiéndose a Matías.

—A recoger lo que quede de mi señora... cuando termine la conversación, porque como se mete hasta en los charcos, ¡un día me la hacen migas!

—Pero hoy no será—dijo Adrián con energía—. La señora Ezequiel es un ALMA DE DIOS, que sabe... sabe perdonar...

—...y que sabe que perdonar es lo más grande de la vida y sobre todo cuando el perdón recae en una persona que se quiere... Porque usted quiere a la Irene, ¿verdad, señor Adrián? ¡Díga usted que la perdona!—suplicó la Ezequiel con lágrimas en los ojos.

—¡Señora Ezequiel!... —murmuró Adrián conmovido hasta lo más íntimo de su ser.

—Diga usted que sí, porque si no aquí estamos hasta la semana que viene—in-

travino Matías, que conocía bien a su castilla.

—Diga usted que sí—volvió a decir la Ezequielita quitándole la palabra de la boca a su marido—. Diga usted que sí... digalo... que es usted un corazón de oro. Si sí, la perdonará. ¡Ese silencio ya es perdón!... ¡Bendito sea Dios y bendita sea su alma buena, señor Adrián! Y de tan contenta como estoy que voy a darle...

Se interrumpió y se detuvo, y empujando a su marido, le dijo:

—Anda, tó, abrázale en mi nombre, que yo no le puedo abrazar...

—Pero, mujer, por Dios... que si me viera cualquiera abrazando a un maestro de obras...—murmuró Matías avergonzado.

Adrián sonrió por primera vez ante la expresión de Matías. Y la Ezequielita, que tenía los prontos ruidos, añadió:

—Buena, pues le abrazaré yo, ¡eh!

Y estrechó entre sus nervudos brazos a Adrián, que sintió una enorme ansia de llorar.

Pocos momentos después, en aquellos brazos nobles, generosos, fuertes, del señor Adrián, se refugiaba la Irene, llorando con desconsuelo, de emoción y de gratitud, de arrepentimiento y de consuelo al mismo tiempo.

...

Al día siguiente, santo de la Ezequielita, ésta, Matías, Eloísa y Agustín, salieron en uno de los camiones de ésta, al campo, para celebrar la reconciliación de los novios. La Ezequielita iba sentada al lado de Matías y Agustín iba en el baquet al lado de Eloísa.

Sonreíanse los novios transportados por la felicidad de verse de nuevo reunidos y ya sin zozobras ni temores, y al pasar ante la casa del señor Adrián, sonaron fuertemente el claxon, obligándoles a acercarse al balcón. El señor Adrián entablaba amorosamente a la Irene, de cuyos ojos se había borrado la nube de tristeza que los empañaba el día anterior.

El único que no podía hallar nunca la felicidad completa era Matías. En el momento en que el camión iba a arrancar, pasó junto a él la Balbina, que le miró, le hizo unos cuantos guiños picaronescos y le sonrió coqueta... ¡sin darse cuenta de que la señora Ezequielita lo estaba viendo todo!

Y gracias a las explosiones del motor, no se oyeron los golpes e improperios con que la esposa coronó al esposo por su triunfo con las mujeres...



## NUMEROS PUBLICADOS

### SERIE TRIUNFO

- Núm. 1 Entre esposa y secretaria  
por Jean Harlow, Clark Gable y Myrna Loy
- Núm. 2 El capitán Blood  
por Errol Flynn y Olivia de Havilland
- Núm. 3 Prisionero del odio  
por Warner Baxter y Gloria Stuart
- Núm. 4 Madre Alegría  
por Ana Leyva y Gaspar Campos
- Núm. 5 Diego Corrientes  
por Pedro Teroi
- Núm. 6 Una chica de provincias  
por Janet Gaynor y Robert Taylor
- Núm. 7 La esposa de su hermano  
por Robert Taylor y Bárbara Stanwyck
- Núm. 8 Aula de señoritas  
por Simone Simon y Herbert Marshall
- Núm. 9 Esposa anónima  
por Robert Taylor y Loretta Young
- Núm. 10 Miguel Strogoff o El Correo del Zar  
por Adolfo Wohlbruck, Yvette Lebon y Charles Vanel
- Núm. 11 Canción de Cuna  
por Daratea Wleck
- Núm. 12 Los pecados de los hombres  
por Joan Harsholt y Dan Amache
- Núm. 13 Víspera de combate  
por Annabella y Victor Franzen
- Núm. 14 La contraseña  
por Robert Taylor y Bárbara Stanwyck
- Núm. 15 Lloyd de Londres  
por Tyrone Power, Madeleine Carroll y Freddie Bartholomew
- Núm. 16 Redención  
por Warner Baxter, Wallace Beery, Elizabeth Allan y Mikey Rooney

- Núm. 17 Bajo el manto escarlata  
por Anabella y Conrad Veldt
- Núm. 18 El conillito y la dama  
por Rosita Moreno y Luis Sandrini
- Núm. 19 Sueños de príncipe  
por Carlos Boyer y Danielle Darrieux
- Núm. 20 Barrios de Nueva York  
por Jackie Cooper y Martin Spellman
- Núm. 21 El hijo de la Armada  
por Jean Parker, James Dunn y Martin Spellman
- Núm. 22 El hijo del héroe  
por Mickey Rooney
- Núm. 23 Amor inmortal  
por Lilian Harvey
- Núm. 24 Misión Lescaut  
por Alida Valli y Vittorio de Sica
- Núm. 25 Café Metrópol  
por Tyrone Power, Loretta Young y Adolfo Menjou
- Núm. 26 El cura del pecado  
por Charles Bickford
- Núm. 27 Dulce evocación  
por Jean Parker
- Núm. 28 La mejor venganza  
por Amadeo Nazzari

### SERIE FAMILIAR

- LA PEQUERA VIGIA, por Shirley Temple.
- LA POSRE NIRA RICA, por Shirley Temple.

### SERIE "PRODUCCION NACIONAL"

- MARIQUILLA TERREMOTO, por Estrellita Castro.
- EL RAYO, por Rafael L. Samozá, Mercedes Praden.
- LAS TRES GRACIAS, por Fuentana Llorente, Carmen de Lucio y Luchy Sola.
- LA LINDA BEATRIZ, por Emilia Aliaga y Fernando de Granada.
- LA CASA DE LA TROYA, por Tony de Algy e Isa de Navarra.
- LA DOLORES, por Conchita Piquer.
- SANTA ROGELIA, por Rafael Rivelles, Juan de Landa y Mimi Muñoz.

EL HUESPED DEL SEVILLANO, por Luis Sagi Vela y María Ruel.  
 LA GITANILLA, por Estrellita Castro, Juan de Orduña y Antonio Vico.  
 LA MARGUESONA, por Pastora Imperia.  
 EL GENIO ALEGRE, por Antonio Vico.  
 EL REY QUE RABIO, por Raquel Rodrigo.  
 EL FAMOSO CARBALLEIRA, por Maruchi Fresno y F. Fernández de Córdoba.  
 JULIETA Y ROMEO, por Enrique Gullart y Marta Flores.  
 EL HOMERE DE LA LEGION, por Juan de Landa y Roberto Rey.  
 LLUVIA DE MILLONES, por María Denis y Tony D'Algy.  
 EL 13.000, por Josita Hernán y Rafael Durán.  
 POLIZON A BORDO, por Lina Yegras.  
 ESCUADRILLA, por Alfredo Mayo.

### SERIE TRIO

EL SECRETO DE CHAN — CHARLIE CHAN EN LA PISTA — CHARLIE CHAN EN LA OPERA.  
 CUANDO ME SIENTO FELIZ — NOCHE DE ESTRENO — LAS CUATRO REVOLTOSAS.

### SERIE POPULAR

MISTER WONG EN EL BARRIO CHINO, por Boris Karloff.  
 MISTER WONG, DETECTIVE, por Boris Karloff.  
 EL MISTERIO DE MISTER WONG, por Boris Karloff.

### FUERA DE SERIE

LA ROSA DESHOJADA (Vida de Santa Teresita del Niño Jesús); por Jacqueline Farrell y el niño Gabriel Farguette.  
 LA BANDERA (Legionarios del Tercio), por Anabella y Jean Gabin.  
 CANCIONERO DE ESPARA (Recopilación de canciones de gran éxito).  
 CANCIONERO CRIOLLO (Selección de canciones argentinas).  
 CANCIONERO CASTIZO (Selección de canciones de éxito).  
 CANCIONERO ANDALUZ (Canciones modernas de gran éxito).  
 CANCIONERO MODERNO (Letra de Cien grandes éxitos).  
 CANCIONERO DE LOS EXITOS (Letra de 150 grandes éxitos).  
 LA MADRE GUAPA. — Comedia en tres actos, de Adolfo Torrado.

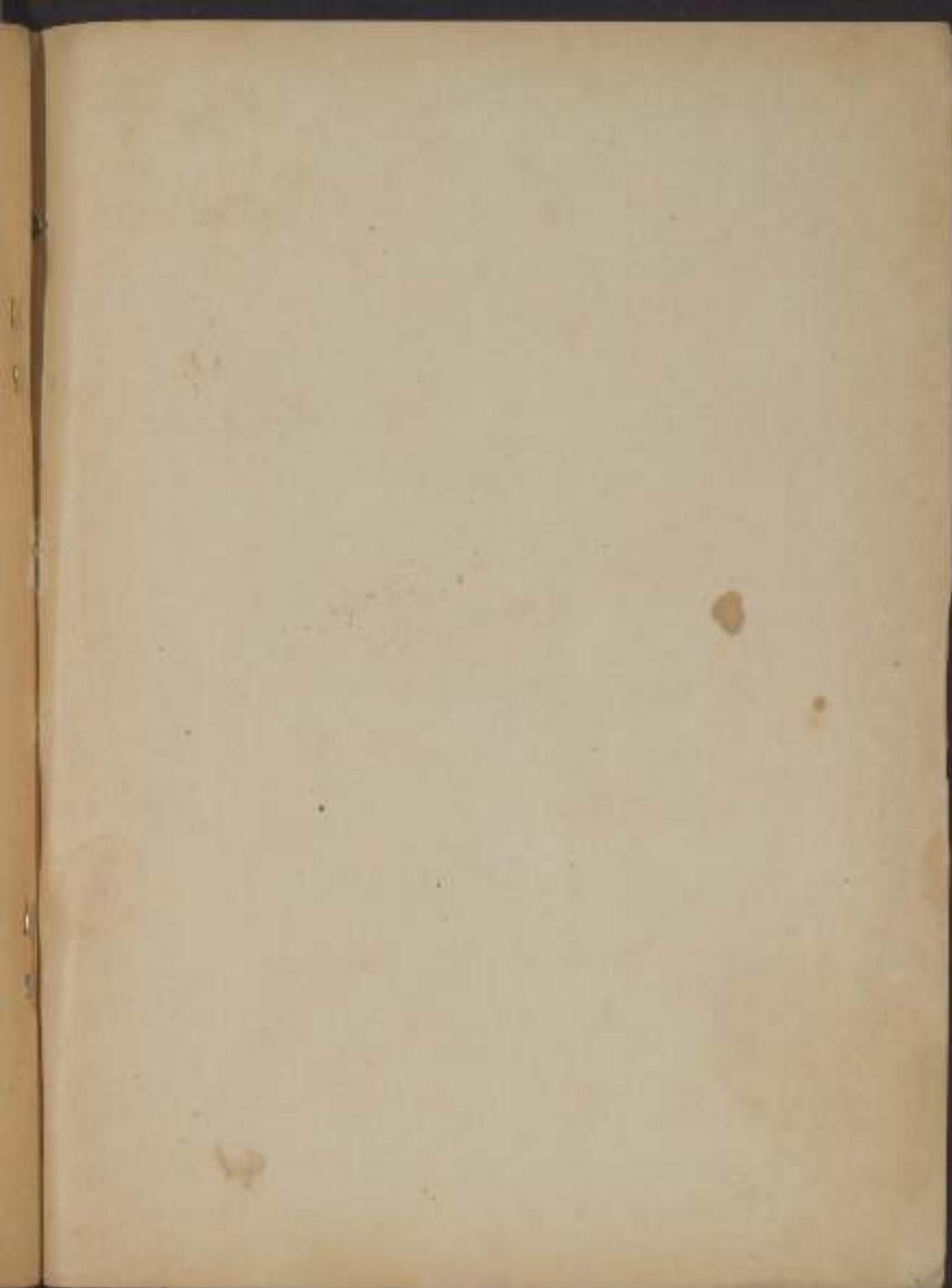


# **EDICIONES BISTAGNE**

Las mejores novelas  
cinematográficas  
Las más antiguas  
en su género

## **EDICIONES BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona  
Corresponsales en toda España







DE LA  
CABINA

La maison d'origine de Adolphe est une maison de maître à l'architecture classique, avec une façade en pierre de taille et un toit à la Mansart. Elle est située dans le quartier de la Madeleine, à Paris. Elle a été achetée par Adolphe en 1850 et a été habitée par lui-même jusqu'à sa mort en 1870. Elle a été vendue à la vente de la bibliothèque de la ville de Paris en 1871 et a été achetée par la ville de Paris en 1872. Elle a été restaurée en 1873 et a été habitée par la ville de Paris jusqu'à sa destruction en 1944.

into a new, more modern, and more efficient system of management, and to the improvement of the working conditions of the employees.

La ley de 1901, que establece el sistema de la enseñanza primaria, es la que ha dado origen a la actual ley de 1904, que establece el sistema de la enseñanza secundaria.

The following information is being furnished to you for your information only. It is not intended to be used for any other purpose.